

# LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 17.—SÁBADO 27 DE ABRIL DE 1850.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60  
Ultramar y Extranjero: Año 80.

## HISTORIA DE LA SEMANA.



SEGUNDA en rumores políticos ha sido la semana que acaba de transcurrir. Hacia días que se decía que S. M. el rey había dado á su servidumbre las órdenes oportunas para trasladarse á Aranjuez á fines del mes corriente.

El lunes durante todo el día circularon noticias sumamente graves. El consejo de ministros estuvo reunido por espacio de algunas horas, y según La España y otros periódicos, todo quedó, por fortuna, resultado satisfactoriamente. Desvaneciéndose

por lo tanto, la especie que corrió de que se había retirado el gabinete, y los muchos comentarios á que daban ocasion los citados rumores.

A las seis y media de la tarde de aquel día salieron á paseo en carretela descubierta SS. MM. la reina, el rey y la reina madre. La reina Cristina daba la derecha á su augusta hija, y S. M. el rey, vestido de paisano, ocupaba uno de los asientos de la delantera del carruaje. Las régias personas se dirigieron al Prado, y después de dar unas cuantas vueltas por el paseo fronterizo á la verja del jardín Botánico, regresaron á palacio á cosa de las siete y media. La salud de S. M. la reina prosigue en el estado mas satisfactorio.

Debemos hacer la acostumbrada reseña de los siguientes actos oficiales, publicados desde el último número: Proyecto de ley para la administracion y servicio de los puertos de la Península é islas; proyecto de ley de arreglo de la deuda y escitacion al fiscal de imprentas para la denuncia de un artículo del *Clamor Público*.

ITALIA. Las noticias recibidas de Roma preocupan la atencion general. Su Santidad verificó al fin su entrada en aquella capital.

El 9 por la mañana después de haber recibido á las autoridades de Frosinone, pasó Su Santidad á Alatri. Después de un corto descanso regresó á las tres de la tarde á Frosinone.

El cuerpo diplomático que desde la traslacion de la corte pontificia á Pórtici, estaba en Nápoles, ha pasado á Roma. En la actualidad se compone de los representantes de España, Francia, Dos Sicilias, Austria, Rusia, Baviera, Cerdeña, Toscana, Brasil, Méjico, Ecuador y Chile. En la comitiva de Su Santidad iban los cardenales Antonelli, Asquini y Dupont, el conde Hadolf, embajador de Nápoles, el mayordomo mayor y algunos prelados de la servidumbre. El rey Fernando, después de haberse despedido del Papa en la frontera misma, regresó por la noche á Caserta. Todas las cartas hacen el mas cumplido elogio de S. M. por la magnificencia, delicadeza y generosidad con que ha tratado á su augusto huésped.

El Senado de Cerdeña aprobó en su sesion del 8 por 51 votos contra 29 el proyecto de ley sobre supresion de las inmunidades eclesiásticas. En cuanto este resultado fué conocido del público, comenzaron á formarse grupos en los parages públicos, prorrumpiendo en gritos tumultuosos de *viva Suardi: mueran los curas*. Las demostraciones iban tomando tal aspecto que las autoridades creyeron conveniente hacer intervenir la fuerza armada, y no habiendo bastado las exhortaciones para que se dispersasen los grupos, los deshizo la caballería, resultando algunos estropeados. Otros de los mas vocingleros fueron presos. Los periódicos se deshacen en imprecacones contra la fuerza militar, que sin el mas leve motivo ha sido causante de varias desgracias. Queriendo sin duda el gobierno neutralizar el mal efecto que entre la gente bulliciosa han debido producir las medidas encaminadas á conservar el órden público, se ha apresurado á publicar la ley que ha dado motivo á las demostraciones de que dejamos hecha mencion. La *Gaceta* del 9 publica dicha ley, sancionada en el mismo día y refrendada por los ministros Galvagno, Nigra y Suardi. Grandes eran los esfuerzos que habia hecho el clero para inclinar el ánimo de S. M. á que negase su sancion á esta ley, y aun se llegó á esperar que la influencia del obispo Piguero, preceptor que ha sido de S. M., prevaleceria al fin, pero no ha sucedido así, creándose de sus resultados una situacion que podrá llegar á ser critica si la corte de Roma persiste en sus protestas, y si el clero continúa siendo blanco de los desahogos

del pueblo como sucedió en las escenas contra el arzobispo Franzoni y en las que tuvieron lugar en la noche del 8.

FRANCIA. El gobierno francés ha prohibido las reuniones en que á pretexto de tratar de elecciones se pronunciaban discursos sobre toda clase de asuntos políticos y sobre todos los actos del gobierno. Estas medidas suscitaron en la sesion de la asamblea del 14 un acalorado debate entre Mr. J. Favre y el ministro de lo interior. El elocuente orador de la *montaña* estuvo mordáz y agresivo con su contendiente, echándole en cara que él habia sido uno de los principales *clubistas*, y que ahora que estaba en el poder le parecian peligrosas unas reuniones que eran una condicion indispensable del sistema republicano. No iba descaminado Mr. Favre, pues el ministro Mr. Baroche fué efectivamente en 1848 vicepresidente de un *club*, y se distinguió entre los furibundos de aquella época, habiendo sido el primero que provocó la formacion de causa contra los ministros del rey Luis Felipe.

Después de diez y seis horas de reunion, el cóncave socialista ha designado á Eugenio Sué para candidato en la próxima eleccion de Paris. Los debates fueron sumamente animados. Descartado Mr. Dupont (de l'Eure), á pesar de los esfuerzos de la fraccion moderada de los delegados, se procedió al nombramiento de otro candidato. Mr. Daniel, cabo de uno de los regimientos de infantería de la guarnicion de

Paris, reunió 80 votos, y Mr. Girardin 74. No resultando eleccion con arreglo á los estatutos del cóncave, un delegado propuso como medio de conciliacion á Eugenio Sué, cuya candidatura fué adoptada por 143 votos. La proclamacion del candidato se hizo en seguida con las formalidades prescritas. El matiz extraordinariamente exajerado del autor del *Judio Errante* ha alarmado algun tanto al partido conservador, y acaso produzca lo que hasta ahora no habia podido conseguir, á saber: la concordia entre las diferentes fracciones de la mayoría. Uno de los periódicos que hacian oposicion á Mr. Foy declara que ya no se trata de nombrar este ó aquel candidato, sino de impedir la eleccion de Mr. Sué. Otros periódicos dicen que Mr. Foy está resuelto á desistir de la candidatura, y que en este caso se nombrará persona que reúna la aquiescencia de todas

las fracciones de la mayoría. Sin embargo, en medio de estos síntomas de conciliacion, habiendo cometido *El Napoleon* la imprudencia de censurar ácremente la conducta del partido legitimista, los órganos de este contestan con mucha irritacion dando á entender que Luis Napoleon está lastimosamente equivocado, si cree que con el fantasma del órden público y de la salvacion comun, logrará que le apoyen en todos sus caprichos ó en sus proyectos ambiciosos. Desgraciadamente para el presidente, no creemos que tenga motivos fundados para abrigar la mas remota idea de engrandecimiento: la irresolucion con que se ha conducido hasta ahora no le ha grangeado ningun amigo, y los que en un principio esperaban algo de él, aunque no fuese mas que por el nombre que lleva, se han ido poco á poco desengañando.

Suspensos los debates sobre el proyecto de ley del ferrocarril de *Avignon*, la Asamblea se ocupa del exámen de presupuestos y de otros asuntos de interés local; hubo al principio un diálogo muy animado entre el presidente y un diputado de la *montaña* sobre si se habia privado ó no de la palabra á varios oradores que la tenian pedida con motivo de las interpelaciones de M. J. Favre.

Las siguientes sesiones de la Asamblea francesa han sido sumamente borrascosas. La comision de presupuestos proponia la cantidad de 300,000 francos para distribuirlos entre

aquellas personas que han sufrido perjuicios de resultados de condenas políticas. Un representante de la mayoría propuso que era preciso quitar de una vez el estímulo que desde hace años se viene dando al espíritu de insurreccion y los premios con que se recompensá los conspiradores de oficio. Esta proposicion movió gran tumulto en los bancos de la *montaña*, y la discusion fué violenta y acalorada. La mayoría decidió que se suprimiesen los 300,000 fr. Al siguiente día la *montaña* reprodujo la cuestion, presentándola bajo nuevo aspecto: el tumulto fué aun mayor que el día anterior, y después de una discusion en que todo fué gritos y vociferaciones, la Asamblea mantuvo su resolucio.

El artículo relativo á las subvenciones de los teatros fué tambien causa de acalorados debates. El partido descentralizador se opuso fuertemente á que se les diese nada, fun-



Pio IX.



Entrada de Su Santidad en Roma.

dándose en que era una contribucion inicua que se imponia á todos los departamentos en beneficio exclusivo de París. La comision y el gobierno defendieron las subvenciones, que al fin quedaron admitidas, gracias al apoyo de la *montaña*, que en esta ocasion votó con el ministerio.

El ministro de la Guerra dió cuenta á la asamblea de una horrible catástrofe. Un batallon del regimiento infantería ligera número 11 pasaba por el puente colgante que hay en el rio Maine cerca de Angers, cuando rompiéndose las maromas que eran de alambre, cayó el tablero al rio, precipitándose al mismo tiempo cuatro compañías. Las aguas estaban muy altas y corrian con rapidez, por lo que fué imposible socorrer eficazmente á los naufragos. De los que lograron salvarse la mayor parte estaban gravemente heridos de bayoneta. Se cree que hayan perecido unos 300 hombres. El relato de esta catástrofe produjo una verdadera consternacion en la asamblea.

GRECIA. Las últimas noticias de Atenas recibidas por el correo ordinario confirman las que dimos con referencia á parte telegráfico de Trieste. El 2 continuaban las cosas en el mismo estado, sin que hasta entonces hubiesen producido el menor efecto los buenos oficios del mediador francés.

ALEMANIA. En el último parte telegráfico de Berlin fecha de 12 por la mañana, que publica la *Gaceta* de Colonia, se dice que las negociaciones entre Austria y Prusia sobre la cuestion alemana estan muy adelantadas, habiéndose puesto de acuerdo ambas potencias en los dos puntos que mas dificultades ofrecian, á saber: la Prusia se aviene á que haya en la Confederacion una autoridad superior que represente toda la Alemania, y el Austria está conforme en no exigir para sus posesiones no alemanas los mismos derechos que para las que han formado siempre parte de la Confederacion germánica. Allandadas estas dos grandes dificultades, se cree que pronto quedará firmada la transaccion definitiva.

El lugar-teniente general de los ducados de Schleswig ha licenciado á todos los oficiales prusianos que servian en el ejército, lo cual es una prueba de que desea realizar un arreglo amistoso.

Al tomar el mando el general Willisen del ejército de los ducados, ha publicado una proclama concebida en términos belicosos, animando á los soldados á que se preparen para la nueva campaña. La retirada del general Bonin y de todos los oficiales prusianos que servian bajo sus órdenes ha hecho cambiar de aspecto á la situacion de las cosas: el nuevo general es poco afecto á la Rusia, y tiene el proyecto de dar colocacion á la mayor parte de los oficiales húngaros que se encuentran emigrados en Inglaterra, lo cual dará probablemente motivo á que la Rusia y el Austria tomen una parte activa en la contienda. Segun las últimas noticias de Berlin, se cree que no existe solucion posible y que se apelará á la guerra.

El general Hess, jefe de estado mayor que fué del ejército de Italia y despues del de Hungría, ha salido de Viena con la mision de inspeccionar los cuerpos que se hallan acantonados en las fronteras de Bohemia y Silesia. Como el general Hess es el primero de quien el gobierno ha echado mano cuando se ha tratado de emprender alguna campaña, su viaje ha dado lugar á mil rumores, creyéndose que pueda tener relacion con los planes de guerra de que tanto se viene hablando hace tiempo.

El parlamento de Erfurt sigue discutiendo si se promulgará la Constitucion tal como se halla redactada, ó si se harán en ella las modificaciones que se crean convenientes. Mientras tanto la Prusia y el Austria prosiguen en sus negociaciones con buen éxito, segun unos, sin ninguna probabilidad de avenencia, segun otros. Si á esto se agregan los rumores mas ó menos fundados de movimientos de tropas, de aprestos militares y de viajes de generales y de otras personas notables, se tendrá conocimiento en globo de todo lo que ocurre por aquella parte.

Se añade en fin que el gobierno prusiano aceptará las últimas resoluciones del Parlamento de Erfurt, con la condicion de que se proceda inmediatamente á revisar la Constitucion, y de que esto se verifique para el 26 de mayo.

GALERIA DE LAS POETISAS.

ANGELA GRASSI.

Entre los lirios que nacen en la amorosa tierra del Petrarca, nació Angela Grassi, á quien su educacion y estancia en nuestro país han convertido en española, para honor nuestro, que la aceptamos por compatriota dándole un espacio entre el coro de las poetisas. Digérase cuando canta esta graciosa niña, que su voz es el suspiro de Eleonor que aun vaga errante por los italianos valles llamando al armonioso poeta, ó bien el eco de Laura que responde con suspiros al cantor de la tierra santa.

Angela es una de estas criaturas que tienen siempre el alma de niñas. Siempre las alegra un pájaro, siempre las embellece una flor. Pasan por ella los años y las pesadumbres, y siempre están en la infancia llenas de candor y de dulces ilusiones. Aunque Angela se lamenta en sus poesías, no revela pesares. Su misma ternura la hace sufrir y se duele de lo que siente; pero sin acritud, sin exasperacion. No pueden confundirse los delicados ayes de Angela con esos gritos desesperados que oimos cruzar el aire y cuyo origen no está en las dolencias del corazón del poeta, sino en la enfermedad de su gusto. Algunos creen conocer en las canciones doloridas de las poetisas la expresion de prematuros desengaños ó de un tedio fuera de razon en la juventud; pero semejante juicio no puede referirse á Angela. Una muger desencantada y víctima del tedio, no se dirige candorosa y tiernamente á pedir consuelos á una violeta. Véase si el tono infantil de Angela no revela la inocencia de un alma llena de sentimientos y de ilusiones.

Pobre violeta escondida  
entre espinas y zarzales:  
en un desierto perdida  
crece sola y desvalida  
sin un álito de amor.  
¡Pobre flor!

Abre en vano su corola  
pidiendo un aroma al viento  
siempre triste, siempre sola,  
compañero en su tormento  
halla tan solo el dolor.

¡Pobre flor!

Lloremos juntas, flor mia,  
y que esta lagrima triste  
que tu corola rocía,  
la frescura que perdiste  
te vuelva con tu esplendor.

¡Pobre flor!

Luego se acuerda de su patria que perdió al nacer y suspirando por el monte Ida esclama:

¡Oh! tú, patria querida,  
Lejos de tí suspiro sin consuelo,  
De peso me es la vida  
Que en extranjero suelo  
Muere el alma por ver tu hermoso cielo.

Tus orillas amenas  
¿Cuándo volveré á ver, risueño Ada?  
¿Y las altas almenas  
De mi ciudad amada?  
¡Recuerdos tristes de la edad pasada!

¡Oh dias de mi infancia!  
Falaces ilusiones, sueños vanos  
¡Oh! venid á mi instancia  
Mientras sitios lejanos  
Habitó de mi patria y mis hermanos.

Surqué el mar borrascoso  
Desafiando al cielo ¡ay! inclemente  
Para buscar reposo,  
Mas de mi patria ausente  
El mundo me es del todo indiferente.

¡Oh! dulce compañero,  
Tú embelleciste la preciosa aurora  
De mi vivir primero:  
La mano destructora  
Del tiempo obra contigo ahora.

¿Te acuerdas, dulce amigo,  
De aquellos dias puros y serenos  
En que iba yo contigo  
Por los prados amenos,  
Y éramos ambos al dolor ajenos?

¡Tiempos de mejor suerte!  
¿Por qué huiste tan presto, edad dichosa?  
¿Cuándo podré yo verte?  
¡Oh! ¿cuándo Italia hermosa?...  
Nunca tal vez... ¡Idea dolorosa!

Bello es tu cielo, España,  
Pero aunque bello, no es el cielo mio,  
Ni la ilusion me engaña  
De un grato desvarío  
Do del Ada no veo el claro rio.

La tierna flor se inclina  
Lejos del suelo que nacer la viera;  
Asi mi ser declina  
Y ¡oh Dios! quién lo creyera,  
Yo desfallezco en la mi edad primera

Mas cuando deliciosa  
Respire Italia, tu aurora apetecida  
Y de España gozosa  
Por verte me despida,  
¡Oh! ¡entonces sí, que volveré á la vida!

Asi en sus versos no hay alegría; pero tampoco el rabioso dolor que ha prestado tan negra sombra á la literatura de nuestra época nublándola de maldiciones. Pocas veces se ovida Angela de su condicion apacible para hacer composiciones enérgicas; pero otra vez vuelve los ojos á Italia y dejándose conducir por la indignacion rompe con vigoroso entusiasmo y la apostrofa en estós términos.

Despierta ¡oh Italia! del horrible sueño  
En que hace siglos mil estás sumida,  
Y sacudiendo tu letal beleño  
Vuelve á la libertad, vuelve á la vida.

Despierta ¡oh Italia! al fin llegó la hora  
De romper, pobre esclava, tu cadena  
Y aclamarte otra vez reina y señora  
De ese mundo que á olvido te condena.

¡Mas ay! ¿qué veo? ¡inanimada, yerta,  
Su voz no escucha, la palabra santa  
De gloria y libertad no le despierta,  
Y del tirano vil besas la planta.

¿Qué es eso? ¡oh Dios! tu pecho mancillado  
En oprobio fatal envilecido  
Ya no abriga ni un átomo sagrado  
De esa virtud que el mundo ha esclarecido!

Ya para tí no hay patria, fama, gloria,  
Ya para tí no hay nada, vil esclava

¿Olvidaste aquel tiempo venturoso  
Que ceñida de lanzas y broqueles  
Al volver de un combate victoriosa  
A la sombra dormias de tus laureles?

Entonces mil esclavos te aclamaban  
Señora de los mares y la tierra  
Sus bélicos cantares te arrullaban  
Y el noble estruendo de gloriosa guerra.

Entonces de ambicion henchido el pecho  
Al universo entero dando leyes  
Mil cetros, te prestaban áureo lecho,  
Doseles los pendones de mil reyes.

Y ahora dormitando entre las flores  
Coronada de pámpanos y yedra  
Solo te arrullan báquicos amores  
Y el bélico clarín tu pecho arredra.

¿Dónde está, vil esclava tu corona?  
¿Qué hiciste de tu cetro soberano?  
¡Tú la perdiste, impúdica matrona,  
Y ciñe ya la sien de tu tirano.

¿Qué dirás al Eterno cuando un dia  
Te llame á juicio ante su escelso trono?  
¿Que le diras, responde, reina impia,  
Que sea de tal baldon en justo abono?

¿Crees que has dado á tus hijos por ventura  
Un noble corazón lleno de fuego,  
Para que arrastren una vida oscura  
Y besen sus cadenas con sosiego?

¿Alegarias tal vez que mil guerreros  
A una seña tan solo del tirano,  
Sobre tí suspendiendo sus aceros  
Sabrian domar ese tu orgullo iusano?

¿Lo alegraras tal vez? ¡torpe mentira!  
¿No sabes que tan solo el dulce nombre  
De gloria y libertad valor inspira  
Y en un Dios inmortal convierte al hombre?

¿Que son esos autómatas sin alma  
Ante un pueblo valiente y decidido,  
Que de gloria inmortal busca la palma  
De ardor y de entusiasmo el pecho henchido?

¿Que temas, pues? Despiértate señora  
Antes que el sumo Dios selle tu frente  
Con la marca de infancia que desdora  
¡Y tumba ó libertad, grita ferviente!

Despierta por fin, vuela al combate;  
Union y libertad tu grito sea,  
Y de tu hollado honor busca el rescate  
Entre el estruendo de marcial pelea.

Que si sucumbes en la lucha fiera  
Tendras al menos, al morir con gloria,  
Por hermoso sudario tu bandera,  
Y por premio una página en la historia.

Pero el atrevido vuelo que quiso tomar su fantasia no la pueden sostener sus alas y bacila, se detiene baja á trechos y no termina esta composicion sino dejando comprender su fatiga. Mas alta sube cuando sin pretenderlo y olvidando esa lucha de pueblos y reyes (que no entendemos bien las de nuestro sexo) manifiesta las sensaciones que le inspira la pura contemplacion de Dios y ardientemente enamorada de sus bellezas dice con una voz cuya viveza y arrebato crecen por momentos.

Del rey de los soles la llama gigante  
Se apaga por grados, se estingue veloz.  
Su manto despliega la sombra triunfante  
Y deja á la tierra, sin vida y sin voz.

Silencio profundo sucede al estruendo  
El ave entumedece, se cierra la flor  
En brazos de un sueño letal, estupendo  
El mundo se entrega sin pena y dolor.

Yo velo tan solo de Dios soberano  
Contemplo el eterno, sublime poder  
Que el orbe gobierna con rígida mano  
Y diera á la tierra su forma y su ser.

Sentada á la arena del mar en la orilla  
En tanto que el mundo se entrega al sopor,  
Contemplo á la Juna que tímida brilla  
El mar, y la brisa, el ave y la flor.

¡Cuán grande es, Dios Santo, tu imperio y grandeza!  
Cuán grande es tu gloria, cuán dulce es tu ley:  
Al ver de tus obras la eterna belleza;  
¿Quién duda aclamarte por Dios y por rey?

Tal vez son poblados tambien de mil seres  
Que acatan sumisos la ley del Criador.  
¡Cuán grande, cuán fuerte, Dios santo tú eres  
Que mil maravillas formaste, Señor!

¡Y el hombre soberbio se lanza á la esfera  
De cuanto hay creado clamándose rey,  
Y eleva imponente su frente altanera  
Al orbe imponiendo sacrílega ley!

¡Y siendo un gusano que vida llorosa  
Pendiente tan solo tiene de tu voz

Sentada si al cielo su faz orgullosa  
Y niega nefando que exista ese Dios!

Miseria, miseria, fatal ignorancia  
Perdona su injuria, perdona, Señor,  
Y si su blasfemia llegase á tu estancia  
No el rayo fulmines sobre el vengador.

¡No ves que delira si niega el profano  
Al Dios que muriera por él en la cruz,  
Negar tu existencia, ¡oh Dios soberano,  
Es cual si negase que existe la luz!

¡No oís el contento de tierna avecilla  
Que canta en los bosques sin pena y dolor!  
¡Por qué alegre eleva su trova sencilla?  
¡Qué objetos la inspira? tu gloria, señor.

Un canto te entona el mar que murmura  
Un canto te entona de rústico son,  
También el insecto que entona susurra,  
A tí te dirige su tosca canción.

La brisa que vuela, los ástros que giran  
El viento que silva, del trueno el rumor  
Tu nombre pregonan, tus glorias admiran  
Y al hombre demuestran que existe un criador.

Dios santo, te creo, te admiro, te adoro  
Dios santo, perdona, si un tiempo dudé  
Contempla mi anhelo, contempla mi lloro  
Soy niña inocente, piedad si pegué.

Piedad Dios benigno de amor y consuelo  
Te aplaque mi triste ferviente oracion,  
Aquí prosternada la frente en el suelo  
Imploro tu gracia, tu eterno perdón!

Soy débil, soy niña, tu grande, tu fuerte,  
Perdona Dios santo, perdona mi error  
Pues hasta que cierre mis labios la muerte  
Cantar yo prometo tus glorias, Señor.

Muchas poesías tiene Angela, igualmente bellas: pero las otras compañeras nos dan prisa y tenemos que abandonar á esta no sin dirigir una mirada cariñosa hácia la afortunada Barcelona que vé cruzar por la orilla de sus mares la linda figura de nuestra poetisa. No nos despediremos de ella sin hacerla antes un ruego. Que no dé sus escritos á la prensa con tanta precipitacion, que se detenga á examinar lo que escribe y no deje correr entre hermosas odas, defectuosos ensayos que no podemos perdonarla despues de haber conocido la estension de su facultad poética. No es maravilla que las poetisas españolas, sin guia y sin instruccion cometan descuerdos en sus escritos; pero quede para las medianías la ventaja de disculparse con su condicion y su inesperienza y aspire Angela Grassi á una fama sin disculpas.

Rica su imaginacion, fecunda en sentimientos, Angela Grassi producirá muchas obras buenas si á la facilidad de crear une la paciencia de corregir.

Yo me lamento de ver sus bellas composiciones abandonadas al desaliño como me lamentaria de ver su bellissimo rostro desfigurado con los descompuestos rizos. Yo quisiera que reinara en sus versos la misma elegancia y esquisita delicadeza que reina en su persona. Porque Angela Grassi ha nacido para ocupar un asiento distinguido entre las poetisas españolas.

Sierra de la Jarilla 1849.

CAROLINA CORONADO.

## LA HOLANDA.

### I.

La Holanda, comprendida desde su origen en las Galias, tuvo por habitantes primitivos á los batavios, que combatieron tan valerosamente contra los romanos, particularmente en la época en que tuvieron por gefe á Civilis. Despues el pais fué sometido por Vespasiano, y perteneció á la Galia Bélgica.

Caido ya el imperio romano, los belgas y los batavios se unieron al imperio de los francos. Desde 1380 hasta 1477, la Holanda perteneció á los duques de Borgoña, pasó luego bajo el dominio de la casa de Austria, y, despues de la muerte de Carlos V, bajo el de España. En 1579, cansados los holandeses de sufrir el despotismo é intolerancia de Felipe II, saudieron el yugo español y se declararon independientes, eligiendo al príncipe de Orange, Guillermo I, por *stathouder*. La independencia de la Holanda fué reconocida en Munster en 1648. En 1806 fué erigida aquella nacion en reino por Napoleon. Reunida con la Bélgica en 1814-1815, constituyeron juntas en el reino de los Países-Bajos; pero en 1830 la Bélgica se separó por medio de una revolucion, y el rey de los Países-Bajos no reinó ya mas que en la Batavia propiamente dicha.

### II.

La Holanda es una llanura sin montañas, sin bosques, sin peñascos y sin manantiales; sus primeros habitantes debieron hallarla cubierta de arena, de fangos y de turberas, y espuesta continuamente á las invasiones de la mar. La actividad y la industria del hombre han conseguido, no solo resguardarla de las inundaciones, sino hacer de ella uno de los paises mas notables, ricos y florecientes del globo.

Para preservar de los estragos del mar á las costas que en otras partes están mas elevadas que el nivel de las aguas, ha sido necesario construir diques artificiales, y estos trabajos han exigido esfuerzos y gastos inmensos; la conservacion y reparacion de estos diques cuestan tambien sumas enormes, porque de vez en cuando sucede que se rompen con la violencia de las olas que no cesan de estrellarse en ellos.

El interior del pais no era menos difícil de resguardar de

las inundaciones de los rios y riberas que le atraviesan; el Rhin, el Mosa y el Escout, al dirigirse hácia el mar del Norte, encontraban suma facilidad en estenderse, en dividirse en brazos numerosos, y en formarse nuevas madres en el terreno movedizo del pais. Para obviar estos inconvenientes se han establecido numerosos canales destinados á recibir las aguas sobrantes de los rios. Estos canales cruzan el pais en todas direcciones y sustituyen á los caminos reales; son casi todos anchos y profundos, y la altura de sus aguas aumenta ó disminuye por medio de compuertas artísticamente preparadas.

El terreno de la Holanda es generalmente cenagoso en las costas y en las orillas de los rios, pero es fértil: así es que le cultivan con un cuidado extraordinario y produce con abundancia trigo, frutas y pastos de excelente calidad. El interior del pais ofrece en su mayor parte *hornagueras*, *matortales* y llanuras arenosas; pero allí tambien ha triunfado la industria del hombre de la naturaleza. Cuando se ha explotado una *hornaguera* estraen con unas máquinas particulares el agua que hay siempre en la turba; entonces el terreno que queda descubierto es propio para la labranza y fértil; se le resguarda de las inundaciones por medio de fosos y diques, y se hacen pastos ó praderas excelentes. Estas praderas, llamadas *polders*, son muy numerosas, particularmente en la parte septentrional de la Holanda.

La estructura particular del terreno ejerce naturalmente una gran influencia en el modo de construir las habitaciones: un suelo tan movedizo no podia resistir el peso de las casas. Se clavan en el suelo, y en todas las direcciones que han de estar las paredes de la casa que se va á construir, unos puntales de madera de roble que se cubren horizontalmente con vigas corrientes: sobre estas fundaciones llamadas *pilotis* descansan las casas. La mayor limpieza reina alrededor y en el interior de las casas. Aquella limpieza, que ha llegado á ser proverbial, es rigurosamente necesaria por la humedad constante de la atmósfera, producida por la superabundancia de las aguas y de las nieblas casi continuas. Así es que á los estrangeros les cuesta mucho habituarse al clima de la Holanda, y, durante los veranos calurosos, los habitantes mismos se ven atacados por fiebres peligrosas.

La poblacion de Holanda, que llega á 3.000.000 de habitantes, es una mezcla de varias razas germánicas: los *holandeses*, los *frisonos* y los *flamencos*. Los frisonos habitan en el norte del pais, y conservan aun su antiguo idioma. La lengua mas general es la holandesa. En las fronteras de Bélgica se habla el flamenco.

### III.

Los holandeses son generalmente de un carácter flemático, pero se distinguen por su asiduidad, su perseverancia y su exactitud en todo lo que emprenden. Los objetos principales de su industria son las telas, el albayalde, la cera, los colores, el papel, el refinamiento de azucar, el tabaco, el curtido de pieles, la pesca, la cultura de las flores y la construccion de buques. Los principales ramos del comercio son el cambio, las operaciones del banco, y la esportacion de los productos de la industria. La pesca de la Ballena y la de los Arenques constituian por sí solas en otro tiempo un comercio inmenso para la Holanda.

Se designa con los nombres particulares de *Escuela Flamenca* y *Escuela Holandesa* á los pintores célebres de los Países-Bajos que han ilustrado la pintura en los siglos XIV y XV.

La *Escuela Flamenca* fué fundada por Juan Van Eyck que murió en 1441, al cual atribuyen varios autores la invencion de la pintura al óleo. Los cuadros de esta escuela se distinguen por un colorido brillante, por una composicion vigorosa y por el carácter espresivo y verdadero de sus figuras. Sus maestros mas célebres fueron Miguel Coxete, Franc-Floris y Stradamus, pintores de cuadros de historia y de caza; Calvaent, el mas célebre de todos ellos; Pedro Pablo Rubens, cuyo génio, cuya fecunda imaginacion eran prodigiosos; los *Temers*, padre é hijo, pintores inimitables de escenas populares; Jordans, émulo de Rubens; y en fin, Van-Dyck apellidado el rey de los pintores de teatros.—La *Escuela Holandesa* debe particularmente su celebridad á la representacion minuciosa y exacta de los objetos de la naturaleza y de las escenas de la vida comun. Despues de Lucas de Leyde, fundador de esta escuela en el siglo XV, se debe citar á Bloemaert, pintor de paisajes y animales; Deheem, pintor de flores y frutas; Rembrandt, el mas célebre de todos; Ruysdale, gran pintor de paisajes; Gerardo Dow, Griffer, Berghem, Hulst y Huysum.

### IV.

Las ciudades principales de Holanda son: El Haya, al O., cerca del mar del Norte, antigua residencia de los *Stathouder*s de la casa de los condes y duques de Nassau, y habitada tambien hoy en dia por la dinastia real de la misma familia.—Amsterdam, al O., ciudad la mas importante de la Holanda, y una de las plazas mas comerciales de Europa. Su poblacion asciende á 220.000 habitantes.—Rotterdam, sobre el Mosa, ciudad tambien muy comercial y la mas importante despues de Amsterdam.—Harlem, cerca del lago del mismo nombre, y distante de Amsterdam 6 leguas al O. Esta villa ha sido muy célebre por el cultivo de los tulipanes, jacintos y otras plantas bulbosas que se vendian, en particular las primeras, á precios fabulosos.—Leyden, al N. del Haya, célebre por su Universidad y sus manufacturas de paños.—Utrecht, sobre el Rhin, poblacion comercial é industrial, conocida por sus fábricas de terciopelo, y célebre por un tratado celebrado en ella antiguamente.—Niméque, sobre el Wahal, plaza fuerte de las mas antiguas de Holanda.—Maestricht, sobre el Mosa, importante por sus fortificaciones.—Y Luxembou'g, plaza fuerte considerada como una de las mas importantes de Europa.

### Jeremias Brus, ó el billete misterioso.

Un ministro protestante de los alrededores de Aberdeen subió al púlpito el primer domingo de marzo para leer las oraciones de costumbre, abrió su biblia, y vió un papel plegado en cuatro dobles, que creyó seria alguna amonestacion que habria puesto allí el sacristan para que la publicára. En este concepto empezó á leerle en alta voz, cuando se detuvo de

pronto, perdió el color, é invitó á los fieles á que oraran con voz turbada y trémula que sorprendió al auditorio. A la salida de la iglesia le rogaron en vano que digera el motivo de su emocion repentina; dió las gracias á todos por el interés que le manifestaban, y entró en el presbiterio.

El billete que habia leído, era muy propio para preocuparle, pues estaba concebido en estos términos: «Ayer sábado, á las diez de la noche, volviendo de Aberdeen, fuí sorprendido y detenido en medio del camino á poca distancia de la aldea, por el sacristan y el maestro de escuela; me han asesinado y robado, y han echado mi cuerpo al rio Dee. Rogad á Dios por Jeremias Brus.» Este Brus era un buhonero de Aberdeen, muy conocido del párroco, y que á su paso por la aldea solia dormir en casa del sacristan, que era al mismo tiempo tabernero.

Despues de haber comido poco y reflexionado mucho, el ministro se fué en casa del magistrado y le contó el hecho. Abre el funcionario el billete, pero no encuentra ni la mas minima señal de haber tenido letras, pues solo es un pedazo de papel blanco; al ver esto se persuade de que el párroco, que se ha quedado estático de sorpresa, tiene visiones. Este, vuelto en sí de su estupor, sostiene que un cualquiera puede muy bien despreciar tales avisos, pero que un juez falta al mas santo de sus deberes si lo hace: convienen por fin en guardar silencio, y en tomar inmediatamente informes reservados en Aberdeen.

Brus, á quien esperaban en su casa el sábado por la noche, no habia parecido; le buscaron en todos los sitios en que presumian que podria estar, y no fué hallado.

El juez se decidió á practicar un reconocimiento en las casas respectivas del sacristan y del maestro de escuela, y á hacerles sufrir, separadamente, un interrogatorio riguroso. El reconocimiento fué infructuoso, y lo mismo sucedió con el interrogatorio.

Un dia, sin embargo, llegan de improviso á la aldea unos pescadores de salmon, conduciendo el cadáver de Jeremias Brus que habian hallado en el rio Dee, y que tenia en la cabeza varias heridas; pero este descubrimiento solo servia para hacer constar la muerte del infortunado buhonero, y no indicaba quienes eran sus asesinos.

Sin embargo, examinando el cadáver se notó que en su mano izquierda, convulsivamente contraida, tenia un boton, el cual, aproximado á los de la chaqueta del maestro de escuela de los cuales faltaba uno, resultó ser idéntico y por consiguiente se conoció ser el que faltaba. Asustado ya interiormente el maestro de escuela por la historia del billete misterioso que se habia divulgado, acabó de amilanarse con esta prueba de conviccion tan inesperada, y confesó claramente su delito, acarreado así su ejecucion y la de su cómplice.

Satisfecha ya la vindicta pública con la muerte de los criminales, se trató de aclarar el misterio del billete, que en un pais ilustrado no podia ser considerado como efecto de una causa sobrenatural, y hé aquí lo que resultó:

El criado del párroco, muchacho muy despejado pero muy tímido, esplicó el hecho que de lo contrario hubiera sido incomprendible para todos.

La noche misma en que fué consumado el homicidio, habia salido furtivamente del presbiterio para ir á un cortijo situado á corta distancia de la aldea y del camino, y en el cual le habia citado una muchacha de quien estaba enamorado. En el camino presencié el asesinato, conoció á los homicidas, pero no tuvo el valor suficiente para socorrer á la víctima. Volvió á casa de su amo y pasó una noche muy agitada: su conciencia le mandaba imperiosamente que declarara el delito de que habia sido testigo involuntario; el temor de esponerse á la venganza de los criminales le impedía que se constituyese en delator; quizás le repugnaba tambien confesar su cobardía; tal vez, tambien, temia comprometer la reputacion de la muchacha cuyos lindos ojos le habian hecho ir al cortijo.

Despues de vacilar algun tiempo se decidió á escribir el billete y le puso en la biblia, en el sitio por donde tenia que abrirla su amo; mas apenas se hubo este marchado á la iglesia se arrepintió de haberlo hecho... podrian conocer su letra... le llamarán á declarar... y cuánto no tendrá que temer entonces al sacristan y al maestro de escuela, si, siendo el único testigo, no consigue probar el crimen? Esta idea le hace pensar en retirar el billete; le basta que haya sido leído, y mientras el ministro está comiendo, de vuelta ya de la iglesia, sustituye el billete que contenia la delacion con un pedazo de papel blanco. Estas fueron las causas de que no aclarara el misterio hasta que los criminales fueron ejecutados.

## LO PASADO Y LO PRESENTE.

INSPIRACION DEL 2 DE MAYO.

Vengo á cantar la fama de altos hechos que en las historias de mi patria admiro; vengo á cantar... mas ¡ay! que yertos miro los que animó la gloria heróicos pechos.

En lágrimas mis ojos ya deshechos, muerto mi corazon, lanza un suspiro... ¡prompo el laud y sus pedazos tiro do yacen de mi patria los derechos!

—¿Que he de cantar si inspiracion me falta? solo llorar el ánima sensible puede en el duelo que la mente asalta.

—Viento de destruccion que en torno zumbas, ¿no hay españoles ya? —¡Silencio horrible! ¿Quién arrancó sus presas á las tumbas?

V. BARRANTES.

## EL DOS DE MAYO.

Yacia Europa en lánguido desmayo  
Por el hombre del siglo encadenada;  
Y rompe la cadena El Dos de Mayo.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Media vida es la candela; pan y vino la otra media.

AL CELEBRE DOCTOR COSTELLO.

Epistola.

Madrid 20 de abril.

Mi querido doctor: aunque V. no me conoce á mí, ni yo á V. tampoco, lo que siento muchísimo, la predilección con que he mirado siempre á los extranjeros, que olvidándose del imbécil dicho de un folletinista francés, osan lanzarse en los desiertos de esta nueva península africana, me pone la pluma en la mano para hacerle varias preguntas con toda la franqueza de un hijo de las Castillas. Comienzo, pues, pidiéndole perdón por esto, y tenga V. presente que es raro por demás el pedir perdón nosotros los españoles á las personas á quienes debemos pedirlo.

Ha de saber V., señor doctor Costello, en primer lugar, que yo soy hombre tan apegado á las rancias costumbres, que aun leo los periódicos todos los días. Esto sin duda alguna debe de contribuir poderosamente á que V. me tenga en opinión de apocado y de retrógrado, lo cual sintiera infinito á ser el único desengaño que espera á V. en mi patria. No he de guardarle rencor porque piense de mí como le dé la gana, que cada uno puede hacer de su capa un sayo y ciento; pero sí desearé que recuerde para juzgarme, el país á que ha venido, y la clase de gentes que lo habitan. Dígame V., señor doctor Costello, ¿qué cree V. que podríamos hacer nosotros los españoles, si no leyéramos los periódicos? Doy de barato que nuestra política, — si por desgracia la tenemos, — es una cosa como el ex-teatro del Príncipe, que tan pronto está patas arriba como patas abajo, sin que se cuide nadie de tomarse interés por su salud; — doy de barato que nuestra prensa microscópica no dice una palabra de verdad ni de su cosecha; pero dígame V., señor doctor, si no tenemos mas que eso, ¿qué hemos de hacer, pobres de nosotros? A V. siquiera le ha dado por curar á los locos, y se nos viene á España con su oficio, como quien dice: allí estaremos mejor; pero yo que solo sé vivir entre cuerdos, ¿qué he de hacer, señor doctor?

Pues tomando otra vez al vuelo el hilo de mi discurso, sepa V. que he leído en los periódicos su llegada á Madrid y el objeto de su viaje. Lo primero que me hizo sentir esta noticia, fué — y V. me perdone, señor doctor Costello, — fué compasión por V. Imposible me parecía lo que estaba leyendo. ¡Cómo! — exclamé; — ¡un hijo del pueblo tenido por mas sábio, un inglés ha caído en la demencia de venir á España con esta embajada! Una de dos, ó la Inglaterra es el país de mas cuerdos, ó España el de mas locos. Dilema indestructible. De otra manera, ¿cómo nos explicaríamos su viaje? ¿Si hubiera locos en su país, los vendría V. á buscar en el nuestro? Claro que no, ó sería una escentricidad digna de ser envidiada é imitada por los *lores* y los *sires* mas honorables.

Pero á esto me ocurre una reflexión, muy justa si no me equivoco. Usted no ha venido por su gusto, de motu proprio, señor doctor, y no podría suceder muy bien que en esto, como en muchas cosas, se realizara la divisa de Hannheman: — *similia similibus curantur*? Estoy tan acostumbrado á ver que mi pueblo, para curar sus males, derriba un gobierno malo y elige otro peor, que no me estrañaría que llamáramos á un loco para curar nuestras locuras. Suplico á V. de nuevo que no se enfade, señor doctor, no le conozco á V. y no es insulto lo que no se viste con los colores de opinión. Tal juicio, por otra parte, es muy natural si atendemos á una porción de circunstancias accidentales que casi lo motivan. Recuerde V. que ha sido llamado por el señor Zaragoza... ¡ahí es nada! Zaragoza...! Que la Coruña, que Valencia, que... Getafe le llamáran á V., muy natural, porque cada uno busca lo que le hace falta; ¡pero Zaragoza...! es lo mismo que si V., inglés, me digera á mí que soy español; — ven acá, enséname á beber rom, que con el uso se me ha olvidado cómo se bebe.

Pues aun hay mas.

Sabiendo que V. es todo un doctor, y de los graduados *nemine discrepante* en el ramo de locuras, yo

EL BAILE EN DIFERENTES PAISES.



decía, fundándome en una porción de razones: — vea V., vea V. si son filantrópicos los ingleses. Han aumentado en su reglamento para la instrucción pública un curso sobre las locuras españolas. ¡Y creíamos que todo el mundo nos ha olvidado, y á estas horas en la universidad de Oxford, y en la de Cambridge, y en otra porción de universidades se ocupan sin levantar mano en estudiar nuestras demencias! ¡Desagradecidos que somos! Ni una cruz, ni una mención honorífica para aquellos pobres catedráticos que se están rompiendo por nuestra causa la cabeza. — Y dígame V., señor doctor Costello, ¿por qué libro estudian Vds.? De mí puedo asegurarle que no sé de otro mejor para el caso que *D. Quijote de la Mancha*; pero á bien que Vds. nos llevan en todo la delantera, y habrán escrito algun tratado que dé quince y falta al del mismísimo Cervantes. Desde este punto doy á V. mi palabra de honor de traerlo en nuestro idioma, y de presentarlo al ministro de Instrucción Pública para que lo declare de testo. ¡Y lo conseguiré, y tanto! Ahora estudiamos por libros traducidos que no se escribieron para nosotros ni para nuestras necesidades: ¿cómo me desprecian uno que sobre estas raras condiciones reúne tambien la de extranjero? Confiado puede V. entregarse á sus improbas tareas; que por mi cuenta corre arreglar este negocio, ó si fueren mal dadas, interesaré en la traducción á un empleado del ministerio consabido, con lo que nos podremos tender á la bartola, que todo saldrá á medida de nuestro deseo.

Ahí tiene V., señor doctor, una prueba de lo bien que ha hecho en venir á España, y de la verdad de nuestro adagio: á quien se muda Dios le ayuda. Llega V. apenas y ya tiene ocasión de lucirse; porque ¿á quién acudirán los que comprenden el tratado para estudiar el curso de locuras sino á V.? Y eso si no le nombra el gobierno catedrático de la nueva ciencia, — como es razon.

Vamos claros, señor doctor Costello, V. no lo pasaría muy bien por allá junto al Tamesis, cuando emigra así, como emigramos nosotros, de sopetón. Suplícole que no crea por eso mudanza en la opinión que tengo formada de él, pues harto se me alcanza que nadie es profeta en su tierra: — advierto á V., entre paréntesis, que cuando damos los españoles en citar refranes, somos indiscretos por demás; — y es prueba de buen talento el venirnosos á meter aquí, dondela novedades se pagan á peso de oro. Nosotros no le daremos á V. fama, eso no, que todavía no hemos logrado saber quién es esa señora, dónde vive, ni cómo ni de qué se fabrica; pero le daremos á V. en cambio sendas monedas, que no por estar acunadas en Francia, dejan de costarnos nuestro sudor; y cosa por cosa, venga dinero y váyase la fama con todos los diablos: si para mayor fortuna inventa V. un agua *Costellina* ó de la *razon*, *purificada*, *mejorada* y *notablemente perfeccionada* para destruir del todo el adarme de cacumen que nos van dejando Vds., los Merlines que nos honran con sus lecciones, hágase V. cuenta que topó con *Eldorado*, (\*) y dígame á Voltaire que apenas acertó á delinear los contornos de este país.

Si V. fuera tan franco como yo, le preguntaría: ¿no ha pensado usted en las dificultades de su proyecto? Pero á pesar de que no logre respuesta, bien clara me la dá el ver á todo un gefe político de Madrid corriendo como una ardilla de aquí para allá en busca de un edificio apto para casa de locos. Si yo tuviera memoria, recordaría dónde he leído que un reo condenado á horca obtuvo de su juez la gracia de elegir por sí mismo el árbol del cual habia de construirse aquella; y llevado á un bosque se decidió por una gamonita. ¿Si le daban á V. para sus locos la casa del pescador que está en el retiro, ó quizás alguna celda de un convento deshabitado? Fuera desesperacion, tras un viaje tan largo; pero merecido le estaria por fiar de locos. En la mano tuvo V. el remedio; y bien se ve que no conocia el terreno que pisaba. Si antes de salir de Inglaterra hubiera usted exigido del gobierno español

(\*) País fabuloso que describe Voltaire en una de sus novelas.

EL BAILE EN DIFERENTES PAISES.

que cerrase sus fronteras con una muralla como la de la China, y luego las pusiese su techumbre *comm' il faut*, tendría V. casa de locos digna de su inglesa filantropía, y no se viera es-puesto á volverse á su país con el desconsuelo de no servirnos para nada.

Oigame V. atentamente para concluir, señor doctor.

Aunque hasta ahora he usado de este tono bromista y picaresco con que decimos los españoles todas las cosas por graves que sean, defecto hijo de nuestro carácter y de otra porcion de causas que no quiero numerar, ahora pongo la voz seria—si se puede decir esto,— porque hemos llegado al punto de que sepa V. lo que quizá no se le oculta. Según vamos viendo, no se encuentra local digno de V; ¿y no será un castigo del cielo, señor doctor? Muchos franceses, al aparejar su maleta para España, han dicho en letras de molde: —vamos á estudiar y á conocer á los beduinos; —pero estaba reservado á un inglés, á un hijo de esa nacion morigerada que se embriaga en abstracto todos los dias y en concreto á todas las horas, le estaba reservado, — repito, — el arrojarse sobre un pueblo noble y grande el terrible borron de estas palabras; —yo voy á curaros, locos.— Vale tanto como decir: ni aun sabéis curaros vosotros mismos, sobre estar todos contagiados.—

De fuera nos viene todo lo malo y lo bueno; pero ¡vive Dios, señor doctor, que no creí yo nunca que nos viniera usted!

A pesar de esto, y de que soy el español mas loco de toda España, me repito de V., señor doctor.

VICENTE BARRANTES.

CAMEROS.

Ni los historiadores, ni los cronistas, ni los autores de novelas, ni los de cuentos, ni los romancistas, ni los cancioneros, ni los articulistas, ni los viajantes, ni los copleros, ni los criticos, se han ocupado con detenimiento ni aun con ligereza, de las notabilidades y costumbres de este vasto territorio. Pocas ó ningunas son las anécdotas, episodios, endechas, poemas épicos, panoramas, tradiciones, cuadros históricos y geográficos de España que dan á conocer bien la industriosa Sierra de Cameros. No deja de ser extraño y sorprendente, que un país que ha sufrido y experimentado los disgustos y sinsabores de las tres épocas ó revoluciones de este siglo, y aun los infortunios y pérdidas de las guerras del reinado de Felipe V, y que ha dado de sí tantos hombres eminentes, sabios é ilustres, no solo en la carrera de las letras, sino tambien en la de las armas, se halle casi ignorado y desconocido de muchas provincias de España.

Aunque montañoso y estéril, aunque triste y escarpado, se halla lleno de pueblos, y entre ellos se cuentan algunas villas de doscientos, trescientos, cuatrocientos y quinientos vecinos cada una, habiendo tenido estas la gloria de ver nacer dentro de sus hogares y en poco mas de medio siglo, al Excmo. señor D. Pedro Gonzalez Vallejo, arzobispo electo de Toledo y obispo que fue de Mallorca; á los Excmos. señores obispos de Segovia, de Murcia y de Tudela de Navarra, llamados los Azpeitias; al Ilmo. Sr. D. Manuel Gimenez y Perez, obispo de Puerto-Rico; al Excmo. Sr. D. Manuel Garcia Herrerros, diputado en las cortes de Cádiz, procer del reino, consejero de estado y ministro de gracia y justicia en el año de 1835; al Excmo. Sr. D. Claudio Anton de Luzuriaga, diputado á cortes en diferentes legislaturas, secretario de estado y del despacho de gracia y justicia en el gabinete Olózaga, y actual senador del reino; al Excelentísimo Sr. general Sanchez Salvador, y hermanos; al señor D. Ventura Gonzalez Romero, diputado á cortes por uno de los distritos de Segovia, subsecretario que ha sido varias veces del ministerio de gracia y justicia, vice-presidente del congreso, y director de lo contencioso; al Sr. D. Santiago Romero, intendente que fué de las fábricas reales de Gua-



dalajara, y presidente de la junta provisional de gobierno por el partido francés en la guerra de la independencia española; al Sr. D. Aniceto Ibañez de Ocerin, caballero de la real y distinguida orden de Carlos III, y oficial 1.º que fué de la secretaria de gracia y justicia durante el ministerio Calomarde; al Sr. D. Francisco Elias Vallejo, actual escultor de cámara; al Sr. D. Casimiro Rufino Ruiz, director y propietario del antiguo periódico titulado Guia del Comercio, y autor de diferentes publicaciones importantes; al Sr. D. Gabino Gasco, diputado á cortes por el distrito de Torrecilla de Cameros; al Sr. D. Juan Gualberto Lopez Montenegro, individuo que ha sido varias veces de la diputacion provincial de Logroño y diputado á cortes nombrado en las elecciones del año de 1843; al coronel Cayo Muro, compañero de infortunio del general D. Martin Zurbano; al Sr. D. Juan Estevan Elias, fundador de la escuela pia de Soto de Cameros y hombre millonario que murió en la ciudad de Xalapa; al Sr. D. N. Angulo, magistral de la catedral de Calahorra; al presbítero D. Bernabé Romero, predicador famoso, pintor y escultor de la provincia de Soria, y maestro del espresado Sr. Elias Vallejo; al padre de D. Angel de la Riva, redactor que fué del Clamor Público, y joven jurisculto que ha estado largo tiempo preso y encausado por la supuesta tentativa de asesinato contra la persona de S. M. la reina doña Isabel II; y á otras personas, en fin que han hecho una carrera brillante en el comercio de Madrid, de Málaga, de Sevilla, de Cádiz, de la Habana, de Méjico y de Lóndres.

Aquellos terribles peñascales de la sierra que nos ocupa, aquellas elevadas montañas, aquellos montes espesos y fragosos, y aquellas inaccesibles y escarpadas picotas en las que no se encuentra mas que piedra viva, estrepas, carrascales, matas espinosas, bojcs, morales silvestres, ayas, lechetreznas, robles, encinas, y algunos nogales, y sin que el viajero pise un cuarto de hora de camino llano, han tenido que producir numerosos ingenios y notables talentos, por la sencilla razon de que habiendo sido aquel país tan castigado por la naturaleza, no le ha quedado otro recurso que poner á prueba su industria y su capacidad, supliendo de esa manera la pobreza del terreno.

Asi es que, cualquier español que recorra el triste territorio de Cameros, hará cruces al reflexionar y ver que son humanos los que pueblan y viven en aquella comarca; al paso que se mirará sorprendido al advertir que estos tales visten un traje modesto, sencillo é igual, reducido generalmente á un pantalon largo de paño negro ó de color castaño, un chaleco y chaqueta idem con el cuello vuelto, y un sombrero ancho ó redondo segun el gusto de cada individuo; poseyendo ademas las cualidades características de humildes, bien hablados, serviciales, listos, muy corteses, emprendedores y honrados. Pasará cualquiera persona decente por cerca de ellos, y aunque no sea del país, la saludan al momento con agrado, se le quitan hasta el suelo el sombrero, y si se les pregunta alguna cosa, contestan en seguida con mansedumbre, prestándose muy solícitos á dar al viajero fuego para encender el cigarro, casa para hospedarse, cama buena para dormir, y hasta le hacen conocer el camino que lleva, si no lo sabe.

Los habitantes de la sierra de Cameros se ocupan unos en labrar sus tierras pendientes en extremo y cercadas de peligros; otros en mantener ganado lanar y con especialidad cabras; otros en comprar y vender lana fina, y los mas en fabricar paños ordinarios y vivir de la pelairia.

Demasiados son los establecimientos y máquinas de elaborar lanas que existen en el país de los Cameros; en este país donde antes de la guerra de la independencia española entraba el dinero á cargas y se repartía á medias fanegas entre los socios de las compañías de paños de los Vallejos, Fernandez, Perez, Cantabranas, Lázaros, Elias, Albarellos y Villasanas. Hasta el jornal que ganaban entonces los operarios, ascendia á doce, diez y seis, veinte y treinta reales vn. dia-

rios; bien al revés de lo que acontece hoy día. Los establecimientos que fabrican ahora sus hilados y tejidos de lana, y que ocupan en su elaboración de cuarenta á cincuenta brazos cada uno, no pagan á los trabajadores mas que dos, tres, cuatro, cinco y seis reales al día; pues por lo comun, se hallan cerrados aquellos la mayor parte del año, porque no pueden dar salida á los 500, 1000 y 2000 paños que habilitan anualmente las fábricas de cada pueblo crecido. Las de papel, librillos y barajas establecidas en Torrecilla de Cameros, son las que suelen trabajar mas á menudo, y son tambien las que en realidad producen efectos mas positivos.

Aquellos hombres aislados de todos sus compatriotas, metidos en un pequeño rincón y criados entre peñas, riscos, asperezas y barrancos, viéndose privados por eso de las delicias, goces, diversiones públicas, sociedades animadas y bulliciosas, teatros, saraos, cafés públicos, universidades, colegios, academias, muelles, carreteras, barras y puertos, y sin mas punto de reunion que los ugares sagrados donde rinden culto religioso al Criador y á los que no dejarán de asistir los días de fiesta, ni aunque les fuese en ello el mundo entero: aquellos rancieros castellanos de Cameros son liberales de nacimiento y adictos á las constituciones políticas de su país; son amantes del progreso por naturaleza; defensores de la independencia de su patria y enemigos de los extranjeros por convicción; y así es que fueron infinitos los que en la revolución de 1808 dejaron su existencia entre aquellos peñascales. Tambien en los siete años de la pasada guerra civil han defendido con tesón y dignidad el trono constitucional de doña Isabel II, arrojando de sus elevadas montañas á los enemigos armados de la reina. Díganlo si no el general Balmaseda y el cabecilla D. Basilio García, cuando intentaron refugiarse en las alturas y pueblos de Cameros.

Pues si acudimos á la época del año 21 y 22, encontraremos á los nacionales de este país uniformados con lujo, instruidos como los que mas y llenos de decision y de entusiasmo cual los primeros de España. Allí desde los mas pudientes hasta los medianamente acomodados, incluso los artesanos, labradores y operarios de las fábricas de paños, todos eran defensores de la constitucion. Hasta el clero es de lo mas liberal, tolerante y despreocupado; aunque no por eso deja de cumplir estrictamente con los deberes que le impone su alto y sagrado ministerio. Son sacerdotes instruidos, muy sociables, despejados casi todos y oradores de púlpito los mas.

En fin, baste decir respecto del espíritu público de los cameros, que en tiempo del gobierno absoluto apenas habia voluntarios realistas en todo aquel país, y que los que vestian el uniforme de tales, eran casi todos hombres rústicos y de mala vida. En el pueblo de Soto de Cameros, cuyo vecindario asciende al número de 600 familias, no hubo nunca mas defensores del rey ni de la religion que los que caben dentro de dos bateles ó chalupas de uso ordinario.

Despejadas, muy trabajadoras y económicas las serranas, diestras en arreglar bien una casa, en componer de comer, en servir con gusto una mesa y en hacer un matapuerco esquisito: las cameranas, repetimos, son en cambio morenas, poco bonitas, algo corpulentas, de bastante estatura, de pelo castaño, cejas pobladas, y de seno crecido. Visten como en los demas puntos de Castilla la Vieja, aunque algo mas cortas y sin entallar bien el traje. Su carácter es franco, amable en sociedad y enamorado; se casan solo por tener marido y para ser esclavas de sus hijos, viniendo despues á resultar que se abandonan á sí mismas y descuidan su compostura y aseo personal. Aisladas y reducidas al pequeño círculo de su país, privadas del mundo y de las grandes relaciones con personas cultas, no tienen la figura ni modales de corte necesarios; nacen, se crían, toman estado, envejecen y mueren sin haber conocido ni disfrutado de las altas sociedades.

A estas hijas de nuestra madre Eva podria aplicárseles muy bien aquellos sentidos versos de un jóven poeta andaluz:

«Sufrió! sufrí! si el pecho palpitante  
Goces medita con perdida calma,  
Los tiernos hijos, el varon amante,  
Las dulces prendas en que adora el alma,  
Venturas breves y dolor constante  
Orlan del bueno la dichosa palma;  
A cuya sombra de solaz fecundo  
Fe'iz anhela contemplar el mundo.»

BERNABÉ ESPAÑA.

Madrid y abril de 1850.

## UNA HISTORIA ESTRAVAGANTE.

### II.

CONTINÚA CÁRLOS LEFLOCH REPRESENTANDO EL PAPEL DE CRIADO.  
—COMPLICIDAD DE UN BARÓMETRO.—YO DESEARIA NO SER HIJO DE MI TIO.

### Fernando á Próspero.

2 de julio de 182. ...

No hacia media hora que me hallaba en el cuarto de mi tia que estaba tomando chocolate con su marido, y ya se habian suscitado tres ó cuatro cuestiones, cuyo encarnizamiento no tenia motivos que le justificasen: una fué sobre la manteca que tenia demasiada sal; la otra sobre las rebanadas de pan que eran demasiado gruesas, y la tercera sobre el piano que estaba desafinado. Me aproximé á él maquinalmente y pasé la mano distraído por las teclas. Me hablaron de mis progresos en la carrera que habia emprendido de mis proyectos para el porvenir.

—Querido sobrino, me dijo mi tia, espero que no darás el disgusto á unos buenos tíos, á quienes fuistes confiado por tu moribundo padre, de ver gastar tu juventud en los licenciosos desórdenes que destruyen las esperanzas de tantas familias. Un casamiento proporcionado y ventajoso te hará entrar en el puerto al principiar tu viaje.

—Y creeme niño, dijo mi tio, en el matrimonio, en una union apacible es donde se encuentra toda la felicidad á que puede aspirar el hombre.

—En el mundo por lo menos, añadió mi tia.

—Tu padre, me dijo mi tio, no tenia deseo mas vehemente, y te eligió una esposa antes de morir....

—¡Escelente hombre! dijo mi tia interrumpiéndole.

—Sí, continuó mi tio, te eligió por esposa una muger á la cual no vacilamos en confiar el cuidado de hacerte feliz, porque hemos visto crearse y florecer en ella virtudes y cualidades que no existian sino en nuestras esperanzas cuando perdiste al autor de tus dias.

—Confío, dijo á su vez mi tia, que no hallaremos en tí la mas mínima repugnancia hácia el cumplimiento del que era su deseo mas vehemente cuando murió.

—Con tal que no quieran Vds. casarme al instante....

—Al contrario Fernando, es menester que sea cuanto antes.

—Ya hablaremos de eso mas despacio, dijo mi tio.

—¿Y por qué no ahora mismo? preguntó mi tia.

—Porque.... respondí mi tio.

Nunca he oido á este buen señor dar otra razon de sus determinaciones ni de su voluntad. Tampoco me acuerdo de que mi tia se haya contentado nunca con ella. Se suscitó la cuarta disputa y fué mas violenta que todas las demas. Me acordé sin embargo de los inefables placeres que pocos momentos antes me ponderaban como inseparables del matrimonio. Mi tio llevaba la ventaja en la discusion y se encerraba en el sarcasmo y la amarga ironía. Mi tia le atacaba por todos lados, tratando en vano de hallar el sitio vulnerable, y cuando malograba un golpe de su lengua mordaz, daba al instante otro variando de direccion con una perseverancia incansable. Rara vez sucede que deje de hallar el hueco de la coraza. En tales casos mi tio, al sentirse herido, pierde los estribos, rugie como un leon, y perdiendo todas las ventajas que le concede su sangre fria, entabla con su muger un diálogo vivo, precipitado, injurioso. Esta estrategia no varia nunca. En la ocasion que te estaba refiriendo mi tio se mantuvo firme bastante tiempo. Se contentó con responder á las inactivas de su dócil costilla:

—Ahora comprendo yo porque destrozó tantos pares de calzones: es que somos dos en mi casa los que los llevamos.

—Dios mio, dijo mi tia alzando los ojos al cielo, ¿cuándo os apiadareis de mí?

—El deseo es de agradecer por vida mia; dijo mi tio, en tus letanias, la frase—*Libera nos á malo* no significa libradnos del mal, sino de mi.... *marido*. No creo yo, amiguita mia, que Dios te conceda tal preferencia que vaya á acceder á tus ruegos y no escuche tambien los míos, y ya ves que el solo medio de devolvernos á los dos la tranquilidad seria hacer un milagro dejándonos viudos á los dos.

Yo no sé qué palabra tendria reservada mi tia para aquella ocasion, pero vi que apenas la hubo pronunciado pegó mi tio un puñetazo tan fuerte sobre la mesa que hizo rodar por el suelo el servicio del desayuno. Yo me apercibí entonces que sin saber lo que hacia estaba tocando en el piano la música de la cancion titulada *¿Dónde se está mejor que en el seno de la familia!* ó al menos tocaba la parte de ella que sabia, porque esta cancion epigramática cuya música tocaba entonces involuntariamente, la habia tocado infinitas veces en el mismo piano cuando era mas jóven, con no muy sana intencion, y en circunstancias análogas; entonces siempre me veia interrumpido en mis sátiras líricas por un par de sendos bofetones que me aplicaba cualquiera de los bien avenidos consortes al tocar el sétimo ú octavo compás; de modo que aun hoy cuando le toco vacilo al llegar al malhadado compás. Felizmente esta vez no reparó mi tio en lo que yo tocaba, pues tal vez me hubiera cobrado odio por no atreverse ya á sacudirme los carrillos. Salí cerrando tras sí con ímpetu la puerta, y Fanny, la doncella de mi tia, entró á tomar sus órdenes. En cuanto á mí me deslicé fuera del cuarto tan pronto como hallé oportunidad para ello.

Mis temores, querido Próspero, son cada vez mas fundados; creo ver demostrado hasta la evidencia que la intencion de mi difunto padre, y sobre todo la de mis tíos es obligarme á contraer matrimonio con mi prima. No quiero significar con esto que mi prima sea una jóven desagradable: lejos de eso es bonita y amable; pero no comprendo que se pueda amar á una muchacha con quien uno se ha criado, á la cual se ha visto adquirir lenta y penosamente cada uno de los atractivos que hoy la adornan. Julia tiene cuatro años menos que yo, así es que conservo recuerdos muy exactos de su infancia. La pulcra y esquisita limpieza que tanto la realza hoy, me acuerdo muy bien el trabajo que ha costado hacérsela adquirir y los chillidos que lanzaba cuando la lavaban la cara con una tohalla mojada. Aprendí á bailar al mismo tiempo que ella, y sé muy bien todas las mañas que ha tenido que perder una á una antes de adquirir ese porte noble y airoso que se admira en ella ahora. ¿Cómo he de olvidar las infinitas veces que oia yo á la anciana Maria gritar: «Julia ¿quieres estarte quieta y no rascarte, que es una costumbre muy fea?» ó bien «Julia no te subas á los árboles como un pilluelo: ¡vaya una diversion linda para una señorita!

Y cuando luce su voz pura y hermosa y su habilidad en el piano, ¿puedo yo disfrutar lo mismo que los demas de un placer que he pagado con cuatro años de fastidio, durante los cuales la he oido hacer escalas sin interrupcion y he sufrido todos los sonidos falsos y discordantes que articulaba su garganta antes de adquirir esa exactitud y precision que hoy ostenta?

En casa de mi tio se come á las dos; solo entonces conseguí ver á mi prima, y fué cuando hice varias reflexiones de las cuales he tenido á bien no transcribirte sino una parte. En el curso de la comida hallé ocasion de soltar oportunamente mis frases sacramentales en el lenguaje curial. Julia me dijo con mucha gracia que me compadecia por tener que conservar en la memoria palabras tan bárbaras.

Pero lo que nunca podrias tú imaginarte es lo profundamente cómico que era el aspecto serio y formal de Carlos sirviendo á la mesa con la servilleta sobre el hombro. No se ha descuidado ni en lo mas mínimo que pudiera haber comprometido su papel de criado. Solo una vez reparé que sus ojos cuerian hacerme notar alguna cosa, pues me dirigia miradas muy significativas; pero yo no pude entenderle, y temiendo que alguien reparara en las señas que me hacia, no le volví á mirar. El entonces, por un movimiento bien combinado, aprovechó un momento en que yo no tenia pan para traerme un pedazo en un plato, y me dijo en alta voz:

—¡Ah! señorito ha dejado V. caer una hoja de ensalada en su pantalon de color de perla.

Nadie seria capaz de reproducir fielmente las impagables inflexiones que Carlos dió á su voz al pronunciar estas palabras. Todo el misterio, el sarcasmo, el desprecio, la reconvenccion, el sentimiento, la amenaza que encerraba el pronombre «*su*,» ¡su pantalon que no es suyo, que es mio, que se le presto, que es mi pantalon de lujo, que me le está ensuciando, destrozando, y que me dan ganas de pedirse delante de todos; su pantalon que no volverá á ponerse porque yo no se le volveré á prestar!

Y que significativo fué tambien el tono con que pronunció el «*color de perla*,» tan inútil para los seres vulgares que no estaban en el secreto que lo crearian inútil para la frase; «*color de perla*,» es decir, un pantalon tan bien hecho, de un paño tan hermoso, de un color tan distinguido, que hace tan buena figura en la pierna, que cae tan bien sobre la bota; ¡mi mejor, mi cuasi único pantalon! ¡Un pantalon de cincuenta y cinco francos! ¡Un pantalon cuyo precio no he pagado aun á mi sastre, lo cual constituye una dificultad insuperable para reemplazarle; «*color de perla*,» un color tan precioso, tan delicado, y que me ha obligado á tener mil precauciones para conservarle ileso. Un pantalon que cuasi nunca me ponía, manchado en un momento por otro que no es su dueño, y con ensalada!

Su voz era tan enérgica que creí oir espesadas en alta voz las ideas que se agolpaban á mi imaginacion, y me quedé un momento cortado; pero no tardé en recobrar mi sangre fria al adquirir la certeza de que nadie habia hecho caso de las palabras de mi lacayo. La comida duró hasta las seis menos cuarto; no es mucho para una comida de provincia. Despues bajamos al jardin. Quise subir á un columpio; pero Carlos á quien yo creia muy lejos y sin embargo estaba detras de mí, me dijo:

—El pantalon del señorito es muy estrecho y sin duda ventará al columpiarse.

Está vez quise devolver á mi lacayo alguna de las humillaciones que me hacia sufrir, y le dije á mi tio:

—Si quiere V. ver á Carlos contento no tiene V. mas que mandarle que riegue el jardin; este muchacho tiene una aficion tal á la jardineria que pocos le igualan. En París tengo mis balcones atestados de macetas de claveles y geraneo.

—Apruebo tu idea, respondió mi tio, tanto mas cuanto que la sequía es ya prolongada.

—Señor, replicó Carlos, va á haber tempestad; lo conozco en los dolores reumáticos que me acosan hoy. Seria inútil echar algunas regaderas de agua sobre una tierra que se verá inundada por la lluvia dentro de algunas horas.

—Veamos qué tiempo señala el barómetro, dijo mi tio.

Fueron á consultar un barómetro que habia en una salita baja, cuya aguja estaba efectivamente colocada entre *grandes lluvias* y *tempestad*. Miré al cielo y le ví sereno: ni la mas leve nube empañaba su diáfano azul; el viento soplabá del Este; era pues evidente ó que el barómetro era muy malo ó que estaba de acuerdo con Carlos.

Por la noche, ya me habia empezado á desnudar é iba á cerrar la ventana de mi cuarto que daba al jardin, cuando vi alzarse en frente de mi una sombra; era un hombre que trataba de subir á mi ventana por el emparrado.

—¿Quién está ahí? pregunté.

—Carlos, respondieron en voz muy baja.

—¿Cómo, tú á estas horas?

—¿Pues quién querias que fuera? Eclame una cuerda.

—¿Dónde quieres que yo la tenga?

—Pues ata unas cuantas servilletas.

Así lo hice. Tres servilletas atadas por las puntas en forma de cuerda bajan cuasi hasta el suelo del jardin, y empiezo á tirar de ellas hasta que veo entrar por mi ventana un cesto bastante pesado, seguido inmediatamente de Carlos, que libre ya del peso de su fardo subió con facilidad por el emparrado.

—Hombre, ¿por qué no vienes por la puerta?

—Porque tenia esto escondido en el jardin, y me he visto precisado á dejarme encerrar yo tambien en él.

—Pues yo no tengo apetito.

—Lo creo, pero á mí no me sucede lo mismo. Ahora me vas á servir tú; pon la mesa, en el cesto encontrarás todo lo necesario.

Carlos me dejaba servirle, comia y solo se interrumpia de vez en cuando para decirme: «Un plato... vino... pan... etc.»

—¿Sabes, me dijo al fin, que por poco me juegas una mala pasada con tu maldita idea de regar el jardin? Pero como me habias amenazado ya por la mañana, tomé mis medidas para no ser vencido.

—¿Vas á alabarte siquiera de que un mal barómetro echado á perder haya tenido la manía de anunciar una lluvia irrealizable?

—Vaya si me alabo de mi habilidad, ha logrado engañarte como á los demas. Yo te prometo que el barómetro anunciará lluvia ó tempestad todo el tiempo que yo permanezca aquí. Con dos alfileres le he convertido en esclavo mio. Trae Champagne.

Cuando acabó de cenar me dijo:

—Ahora vamos á hacer ponche.

—¿Con qué?

—Con ron.

—Si no tenias en tu cesta mas que una botella de Burdeos y otra de Champagne.

—Busca en tu armario.

Efectivamente, hallé en el armario una ponchera, un encharon, una botella de ron y un limon.

—He dicho á los criados que el señorito tiene la costumbre de beber algunas veces por la noche un vaso de ponche que le gusta hacer por sí mismo, y por consiguiente era menester poner todos los ingredientes en su cuarto.

—Nunca has gastado una broma mas pesada ni de peor gusto; todo eso se lo dirán á mi tio, y sabe Dios el efecto que producirá semejante noticia: es lo suficiente para hacer malograr nuestro plan.

—Hombre, hombre, estas haciendo ahí un ponche de damas; sera preciso que me le haga yo. Que torpes y que zopencos son los *amos*; ¡no somos poco felices en no tenerlos por criados! ¿Sabes que tu prima es muy mona?

—No es fea; ¿no te se ha ocurrido nada con respecto á ella?

—No.  
—Pues yo me temo que mi tío quiere obligarme á que me case con ella. ¿La gente no dice nada por ahí?  
—Lejos de eso, está sobre poco más ó menos ofrecida su mano á aquel joven que estaba ayer á tu lado en la mesa. No se por qué, pero se me ha indigestado aquel mastuerzo; así es que me encargué de servirle y no le dejé beber mas que agua. Cuando pedía vino le presentaba agua, y él no se atrevía á rehusarla.

Hablando así, Carlos meneaba el ponche y le hacia arder; despues empezó á beber sin descanso, y pronto llegué á figurarme que habia menos lucidez en sus ideas y precisión en sus palabras.

—Fundaba yo mi suposición, le dije á Carlos, en que mi tío me ha hablado de un enlace con la hija del amigo mas antiguo de mi padre, enlace que mi mismo padre le habia recomendado momentos antes de su muerte.

—Pues yo me opongo á ese enlace y niego formalmente mi consentimiento.

—¿Tú?  
—Amo á tu prima, y el bigardo que aspire á su mano tendrá que habérselas conmigo. Ese tontuelo, de quien te hablé antes, miraba ayer á la mesa con ojos de gloton á una magnífica gallina que se acababa de trincar. Cuando llegó el momento de servirla, dí la vuelta á la mesa empezando por el que tenia á su izquierda, y concluyendo en el que estaba á su derecha, sin hacer caso de sus multiplicadas señas. No sé quien fué el torpe que le dió un vaso de Champagne, pero no bebió otro. ¡Ah, que hermosa es tu prima, Fernando! ¡Oh, te suplico que me concedas su mano!

Ya no habia mas ponche, y Carlos, cuya exaltación habia llegado al mayor grado, se echó á mis pies, abrazó mis rodillas, recitó versos y concluyó por dormirse profundamente en el suelo. Ya era de día cuando conseguí despertarle.

Desde entonces envío todos los días á Carlos á buscar las cartas al correo en el pueblo inmediato, cartas que, por supuesto, nunca espero. El se pasea, pesca y no tiene cuasi nada que hacer en casa. En cuanto á mí, me hallo completamente instalado en casa de mi tío. Todos han vuelto á sus costumbres y nadie se ocupa de mí, pues me consideran como de la casa. Sin embargo dos ó tres veces al entrar en el cuarto de mis tíos han interrumpido bruscamente la conversación que tenían. Espero de un día á otro que me vuelvan á hablar del famoso proyecto de casamiento; pero yo aprovecharé la primera ocasión favorable para intentar el golpe de mano con el tío, y si conseguimos un buen resultado nos verás volver á Paris con un capital cuya necesidad se deja sentir hace tiempo.

Todo tuyo,—FERNANDO.

ALFONSO KARR.

#### PESCA DE LAS PERLAS EN LAS COSTAS DE CEILAN.

El gobierno inglés suele algunas veces emprender la pesca de tan preciosos mariscos por su cuenta y riesgo: otras veces alquila sus lanchas de pescar á un cierto número de especuladores; pero lo que hace con mas frecuencia es vender el derecho de pescar á un solo individuo, el cual lo subarrienda á otros. En 1834 la adjudicación de este privilegio le valió al mencionado gobierno la cuantiosa suma de 3.000.000 de francos.

A principios de marzo, época en que comienza la pesca, acuden á la costa de Ceilan de varios puntos de la de Coromandel, un gran número de barcos pescadores, bien tripulados y provistos de sus correspondientes buzos y demas objetos necesarios para la pesca: llegan á veces á contarse hasta 250 de aquellas embarcaciones. Despues de una serie de abluciones y de supersticiosos conjuros, y á eso de media noche, aparejan los pescadores su flotilla, guiados por hábiles pilotos, y luego que llegan sobre el banco, echan el áncora y aguardan la luz del día.

A las siete de la mañana, cuando ya los rayos del sol empiezan á adquirir alguna fuerza, se disponen los buzos á su tarea. Cada embarcación tiene en ambos costados una especie de cilindro formado con remos y pedazos de madera, en el que se halla rollada la cuerda del buzo. Esta, lleva en uno de sus extremos una grande piedra, en forma de cono, de 50 libras de peso, sobre la cual coloca el buzo uno de sus pies, por medio de una lazada que forma la misma cuerda, á manera de estribo.

Los buzos están enteramente desnudos, á escepción de los riñones, que llevan ceñidos con una faja de calicó. Principian por echarse á nado; agarran con el pié el estribo y la piedra de que acabamos de hablar; permanecen algunos instantes inmóviles y derechos, sirviéndoles el brazo de balancín para guardar el equilibrio. Arrojanles entonces una cestita atada á otra cuerda, la que sujetan metiendo en ella el otro pié.

Quando el buzo se juzga bastante bien preparado para sumergirse se tapa las narices con una mano, para impedir que el agua penetre en ellas, y dando con la otra una fuerte sacudida á la cuerda que le sostiene, baja rápidamente al fondo del mar, ayudado con el peso de la piedra y en virtud del juego de una polea, llevando consigo la indicada cesta, cuya cuerda le aflojan al mismo tiempo. Luego que llega al fondo, saca el pié del estribo con que sujetaba la piedra, y al momento tiran de ella los de arriba hasta la superficie, donde ya la espera otro buzo.

Libre el primero en el fondo del agua arrójase sobre todo lo que encuentra, y va echando en la cesta los objetos que ha cogido. Quando está pronto á subir, avisa por un fuerte tirón que da á la cuerda, y entonces tiran de ella los del barco con la mayor velocidad posible. Siguela el buzo con la mano, y guiado por ella, llega á la superficie del agua mucho antes que la cesta. Entonces continúa nadando, ó descansa agarrado á un remo, aguardando que le vuelva á tocar su vez, siendo muy raro que entre en el barco antes de haber concluido su jornal. El tiempo que pasa debajo del agua apenas excede de un minuto y medio, y sin embargo, cuando el banco es abundante, puede un buzo práctico recoger en su cesta en tan corto espacio mas de 150 conchas. Cada piedra sirve para dos buzos; de modo, que uno de ellos descansa, mientras que el otro está debajo del agua. La mayor parte de

estos hombres al subir del fondo del mar y al respirar el aire libre, echan sangre por narices y orejas; siendo para ellos de feliz agüero esta circunstancia, pues que entonces se les ve redoblar su celo y actividad en el cumplimiento de su tarea. Por lo demas, esta ocupación parece ser para ellos un mero pasatiempo agradable, y jamás se les oye murmurar ni quejarse sino es cuando la pesca es poco productiva.

A la caída de la tarde, da el piloto una señal, y toda la flota se vuelve á la costa, donde ya aguarda á los paseadores una activa y bulliciosa multitud. Cada embarcación ocupa su lugar señalado, y las conchas se depositan en una especie de cercados, preparados al intento, que tienen un pavimento de madera. Allí se las deja en varios montones, bajo el cuidado de una guardia de confianza, por el espacio de diez días, tiempo suficiente para que lleguen al estado de putrefacción. Quando ya están en el grado de descomposición que se requiere, las echan en una grande cuba llena de agua salada, donde las dejan durante doce horas, para ablandar la parte petrificada. Logrado esto, las sacan de una en una; las abren por medio, y las lavan. Las que contienen perlas, las ponen á parte y pasan á manos de los espurgadores, encargados de arrancar las perlas con unas pinzas.

Estraídas ya todas las conchas, queda en el fondo de la cuba una especie de cieno, compuesto de pedazos de concha, arena y materia calcárea, que echan en un saco para que se escurra el agua salada y nada se desperdicie. Reemplazan con agua pura la que ha salido, removiendo sin cesar el sedimento, hasta que quedan por último en el fondo no mas que las perlas y la arena. Entonces escurrida perfectamente el agua es fácil ir recogiendo las perlas grandes, pues se presentan luego á la vista; no así las mas pequeñas, cuya separación requiere bastante tiempo y mucho cuidado. Despues de bien lavadas y enjutas unas y otras, se las separa por clases, según su tamaño, por medio de una criba; en seguida se las taladra para pasarlas en un cordón, y así enfiladas, es como les venden á los comerciantes.

#### REVISTA DE MADRID.

Los meses de abril y mayo, florida barrera interpuesta entre la nieve del invierno y el fuego del estío, son sin duda los dos meses mas alegres y mas agradables en nuestra capital.—En ellos abundan los placeres, los espectáculos, y la vida participa por mitad de los distintos goces de aquellas dos estaciones opuestas;—se pasea por la tarde ya, y se vá al teatro todavía; aun se baila, y ya se come temprano; los paseos están animadísimos, y los salones no están tristes; por las mañanas hay expediciones campestres á la alameda de Osuna, á Carabanchel, y á Villaviciosa; y por las noches hay tertulias de confianza, donde se habla de chismografía y de bodas, cosas ambas que escasean mucho en el verano; en fin, pocos piensan en abandonar Madrid, y sin embargo á lo lejos se divisa Aranjuez con sus encantados vergeles, con sus bulliciosas cascadas, con sus sombrías alamedas, con sus tibias y perfumadas brisas.

En abril han dado amenas y concurridas reuniones las condesas de Montijo, de Torrejón, de Velle, de Campoalegre, y de Casa-Bayona; hemos tenido la brillante *retrée* de la Fuoco en el Circo; y tendremos mañana domingo el magnífico concierto á beneficio de la Inclusa en el Liceo, al que asistirá la real familia, y del que tanto se ha ocupado estos días la buena sociedad madrileña.

Mayo será aun mas fecundo en fiestas y en diversiones; en los primeros días se celebrarán las carreras de caballos, para las cuales hay inscritos ya considerable número de estos, cruzándose tambien infinitas apuestas particulares; vendrá despues la popular romería de san Isidro; la solemnidad del Corpus; otra nueva sesión regia en el Liceo para la entrega por S. M. la reina de los premios del gran concurso; y por último, asistiremos al triunfo de madama Guy Stephan en *La Corte de Luis XIV.*, despues de haber presenciado el de su digna competidora en *Los Cinco Sentidos*.

¡Inconstancia y veleidad de la moda!—Hace poco las deidades de esta en la coreografía se llamaban la Nena, la Vargas, y la Cámara: para ellas eran los aplausos, los ramilletes, las ovaciones; solo de ellas se hablaba en todos los círculos, y habia *Nenistas*, *Varguistas*, y *Camaristas*. Ahora aquellos pobres ídolos han sido arrojados de sus antiguas aras para colocar en su lugar otros que se llaman la Guy y la Fuoco; ahora, de las tres sillides andaluzas la una ha partido á Francia, sin que sus amigos y apasionados hayan manifestado el menor disgusto; la otra vive en la oscuridad y en el retiro; y la tercera baila en el teatro Español en medio de la mas glacial indiferencia. Todo consiste en que los *Nenistas* y *Varguistas* se han transformado en *Fuocistas* y *Stephanistas*; y en que estos dos astros extranjeros han venido á eclipsar á nuestras estrellas españolas.—El pas-de-deux ha hecho olvidar el *Ole*; la mazourka el *jaleo de Jeréz*, y las piruetas francesas han destronado á las cabriolas nacionales.—En el mismo teatro del Instituto, templo lejítimo de Tersicore, donde durante un año se han aplaudido tantas *enormidades*, se afanan inútilmente sus graciosas sacerdotisas por reanimar el fuego sagrado del entusiasmo: en balde hace gala de su esbelto cuerpo y de su admirable musculatura la bella Antonia Martínez; en balde su linda hermana Carmen ostenta sus magníficos ojos negros, su torneada puntorrilla, y su pulido pié; en balde la insinuante y picarresca Adela Guerrero prodiga sus sonrisas, sus quiebrós y sus monadas; el público permanece frío y silencioso, y no pide nunca la repetición de ninguna de las danzas que en otro tiempo le enloquecían y electrizaban.

En cambio en el Circo llueven versos y flores, multiplícanse las coronas y los ramilletes, y se repiten las ovaciones. Los *Fuocistas* triunfan sin oposición por el momento: los *Stephanistas* aguardan á que les llegue su vez, preparándose á convertir en un jardín el teatro cuando se presente madama Guy en *La Corte de Luis XIV.*—Segun se asegura, la aérea *Willi* desplegará aquella noche toda su habilidad y todos sus recursos; háblase de dos ó tres pasos tan difíciles como sorprendentes; de trages ricos y elegantes; de una *mise en scène* espléndida, y de decoraciones verdaderamente magníficas.—Despues mademoiselle Fuoco querrá igualar ó supe-

rar estos prodigios en *La Filleule de Fées*, único baile nuevo que ejecutará en lo restante de temporada.

Semejante competencia es toda en beneficio del público, siendo además noble, digna y generosa: las dos rivales llevan su galantería hasta el punto de aplaudir cada cual á la otra cuando baila; y si estamos bien informados no es imposible que trabajen las dos artistas en una misma composición coreográfica, cosa á que—en honor de la verdad—hemos visto siempre dispuesta á madama Guy Stephan.—La lucha entre los diversos apasionados de ambas bailarinas es igualmente urbana y decorosa; nadie niega su mérito respectivo, pero se discuten sus diversas cualidades, la gracia, la voluptuosidad, la elegancia de esta; la fuerza, la corrección, la seguridad de aquella; cada uno defiende su opinión con calor; ninguno ataca con destemplanza; todos aplauden, y ninguno protesta contra los aplausos.

Mientras, y al paso que para el Circo vuelven sus felices días, los otros teatros arrastran una existencia lánguida y triste; el Español vegeta despues como antes de la reforma; el de la Cruz sigue tan desgraciado y tan desierto cual siempre; el del Instituto vuelve á sus eternas andaluzadas; y el de Variedades se ha cerrado bajo el funesto influjo de *Doña Terencia*.—Nuestros lectores desearán saber quién es esa dama bastante poderosa para hacer suspender el culto que se tributaba á Talía en el antro oscurísimo de la calle de la Magdalena. Ay! nosotros no la conocemos tampoco sino por su fatídico nombre; unos aseguran que es linda y fresca como una azucena; otros afirman que es vieja y acartonada como un bacalao; muchos pretenden que es un hada benéfica, amiga de los niños; y no falta quien diga que es una bruja maléfica, semejante á las que crearon Goya y Alenza. Inclínmonos á esta opinión, porque la señora Bardan,—la doña Sabina de *El Duende*—era la encargada de ofrecernos la *vera efigies* del personaje. Fácilmente se habrá comprendido que aludimos á la comedia *Doña Terencia, ó el rapto*, la cual, anunciada en tres distintas ocasiones, y en tres meses distintos, no llegó á estrenarse en el coliseo de Variedades.—La primera vez enfermó una actriz, y hubo de suspenderse la función; la segunda fué un actor quien se indispuso, y la misma causa produjo el propio efecto; la tercera cayó enfermo el teatro, y la pobre *Doña Terencia* tuvo que esconder de nuevo la punta de su nariz, que ya mostraba al público.—Ahora parece que los artistas de Variedades hallarán un asilo provisional en los Basilio; pero les aconsejamos que no pongan en escena esa producción, porque ó no se abrirá nunca el teatro, ó acaso se desplome sobre los espectadores.—¿No hemos aducido suficientes pruebas de que tiene un signo fatídico la tal *Doña Terencia*?

Estos días la chismografía abunda tanto como las bodas, y las bodas tanto como las lilas que se columpian en los jardines, suavemente acariciadas por el céfiro.—Así, entre lo mucho de que se habla, refiérese una respuesta de cierta joven muy linda y muy coqueta, que cuenta sus amantes por los dedos, teniendo por lo menos uno para cada día de la semana.—Segun la frase de Mme. Du Defant, los hombres en amor solo se apasionan de aquello que ofrece mayores dificultades; y por lo tanto, la señorita de X... oyó todavía la declaración de un aspirante al sitio número 8 en su corazón, ó mas probablemente en su memoria.

—Amigo mio, contestó ella con una amable sonrisa, yo respondería á ese cariño que V. me pinta tan elocuentemente... si tuviese tiempo.

Y como notase la espresion de profunda tristeza que aparecía en el semblante del mancebo, se apresuró á añadir llena de misericordia:

—Pero espere V. un poco; consienta en ser por dos ó tres días supernumerario, y pronto tendrá plaza efectiva.

La historia,—porque este rasgo es histórico—no añade si la proposición fué admitida ó desechada.

Otra historia anda tambien ahora en boca de todos, siendo objeto de las conversaciones en los círculos y cafés; mas de naturaleza tan grave, que solo nos atreveremos á aludir á ella ligeramente y de pasada.—Trátase de una matrona desconocida, que semejante á la *Margarita de Borgoña de la Tour de Nesle*, envía misteriosos mensajes á los pollos, únicos objetos de su predilección.—Para agradar á dama tan caprichosa, se necesita no haber cumplido veintidos años, término de aquella feliz edad.—Si pudiésemos contar todo lo que se cuenta! Si pudiésemos referir las diferentes escenas, cómicas unas, trágicas otras, que forman el conjunto de semejante drama, y que tienen por teatro cierta casa de la calle de la Visitación!—Pero nada de eso nos es permitido, y debemos limitarnos á lo dicho, que es cuanto podemos decir. A bien que aquellos cuya curiosidad se haya escitado mucho, tienen mil medios de satisfacerla fácilmente: ¡son ya tantos los héroes de la misma aventura! ¡son ya tantos los iniciados en el propio misterio!

Al larguísimo catálogo de matrimonios próximos á celebrarse que hemos publicado en nuestras anteriores *Revistas*, tenemos que añadir tres ó cuatro para terminar la presente.—Las modistas, los joyeros, los confiteros, y los sastres están de enhorabuena, y para ellos este año es verdaderamente venturoso.—Asegúrase, pues, en los altos círculos, que muy en breve se realizará el enlace de una de las señoritas de Gaviria, con el señor don Joaquín Roncali, hermano del capitán general de la Habana, y magistrado y diputado á un tiempo; el de la hija mayor del conde del Retamoso, hermano del señor duque de Riansares, con el señor don Mariano Prado, primogénito del marqués de Acapulco; el del joven poeta don Fermín Figuera, con la linda señorita de Martínez; y por último, el de la hija menor de un personaje progresista, y senador del reino, con el señor C..., abogado y propietario muy apreciable.—Parece que algunas de estas parejas irán á pasar en París los primeros meses de lo que se llamaba antes en castellano rancio *el pan de la boda*; y lo que se llama ahora en el estilo moderno *la luna de miel*.

RAMON DE NAVARRETE.

#### Muebles.

En la última página de este número, presentamos cumpliendo con nuestras ofertas, algunos muebles y adornos de habitaciones, que hemos visto adoptados recientemente en los mas elegantes salones, y que parecen destinados á gozar de gran boga.

## ¿Whig ó Tory? Ciudadano.

I.

La derrota de Culloden, la fuga del pretendiente, y la inacción en que permaneció este desde su regreso á Francia, eran para los partidarios de los Estuardos, otros tantos motivos de pesar, pero no de desesperación. Doce años trascurridos sin tentativas de ninguna especie, y en cuyo tiempo la casa de Brunswick se había afirmado mas y mas en el trono, no habían bastado aun para destruir enteramente sus ilusiones. Solamente que en las batallas asestadas contra la raza usurpadora, á falta de cañones, hacían uso de la intriga: á pesar de no ser mortífera esta manera de combatir no dejaba de producir malos resultados, y mas de una vez había entorpecido gravemente la marcha del gobierno. Jorge, á quien no se le proporcionaba la ocasión de una batalla campal para concluir de una vez con la agresión de sus enemigos, trató de vencerlos separadamente, y para conseguirlo recurrió á las armas de la seducción.

Pero lo mismo que todos los partidos, el de los Estuardos se componía de algunos gefes honrados y fieles á sus

principios, y de una gran porción de ambiciosos oscuros, de intrigantes subalternos, de hombres perdidos y llenos de deudas, de descontentos de todas clases, de hombres, en fin, que no teniendo nada que perder, podían ganar mucho en un cambio de situación. Los primeros no eran hombres que sacrificaban sus convicciones por recompensas de ninguna especie: todas las caricias y halagos que se les hacían eran perdidos é infructuosos. En cuanto á los últimos, pronto siempre á entregarse á el que mas diera, hubiera bastado hacerles muchas promesas y cumplir algunas para atraerlos á cualquier partido; pero su número era harto considerable y su valor individual demasiado ínfimo para que este medio fuera puesto en práctica por un gobierno celoso por su honor.

Sir Eduardo Melvil era uno de los gefes mas jóvenes y caballerosos del partido de los Estuardos. Su importancia, justificada por cualidades brillantes, había llamado frecuentemente la atención de los hombres que empuñaban las riendas del estado, pero todos los manejos seductores de la coquetería gubernamental se habían estrellado ante la firmeza y lealtad de su carácter. No se le podía acusar de ser un conspirador oculto y tenebroso: sus conferencias eran partidas de caza, sus luchas carreras de caballos, sus indicaciones políticas brindis mas ó menos simbólicos; cifraba su orgullo por ejemplo en matar la mejor res en una cacería, en sostener la apuesta mas enorme, en dar el banquete mas espléndido; los periódicos *torys* estaban llenos de noticias que referían la certera puntería de sus tiros, las cantidades que había perdido ó ganado, la calidad fastuosa de los manjares y vinos prodigados en sus fiestas gastronómicas. Esta manera de manejar la política tenía muchos atractivos y le había valido una corte numerosa, compuesta de *gentlemen* arruinados, á quien sus liberalidades consolaban de los rigores del juego ó de la devoradora avaricia de las mugeres; había tambien en ella algunos poetas oscuros, furiosos por el poco éxito y celebridad de sus obras, y quienes hallaban mucho mas natural atribuir la indiferencia del público á su propia ignorancia que al *poco mérito* de sus versos.

Eduardo se paseaba un dia á caballo en los alrededores de Londres, con uno de sus inseparables. El tiempo era magnífico; la atmósfera se hallaba completamente despejada de niebla; el cielo estaba puro y sereno; y los rayos del sol aumentaban el brillo y hermosura de aquellas praderas que son el orgullo del cultivador inglés. Imposible hubiera sido al hombre mas melancólico sustraerse á la influencia benéfica de aquella fisonomía risueña y animada que tenía la naturaleza. Una idea loca cruzó la imaginación de Eduardo.

—Jaime, le dijo á su compañero, te propongo una *carrera de campanario*.

—Acepto.

—Apuesto cien libras.

—Las sostengo. ¿Cuál ha de ser el término?

Eduardo estendió el brazo derecho y señaló la veleta de una torre que se destacaba en el horizonte en el color azul del cielo, detrás de una espesura de árboles.

—¡Diablo! dijo Jaime, la torre que me enseñas nos anuncia algun castillo cuyo dueño podrá tener tal vez la osadía de decirte que no estás aquí en tus posesiones.

—No aceptas, cobarde?

—Nunca lo soy: acepto.

Y los dos ginetes, asegurándose en las sillas, se abandonaron al ardor de los caballos, cuya emulación contenida hasta entonces, no necesitaba estímulo de ningún género.

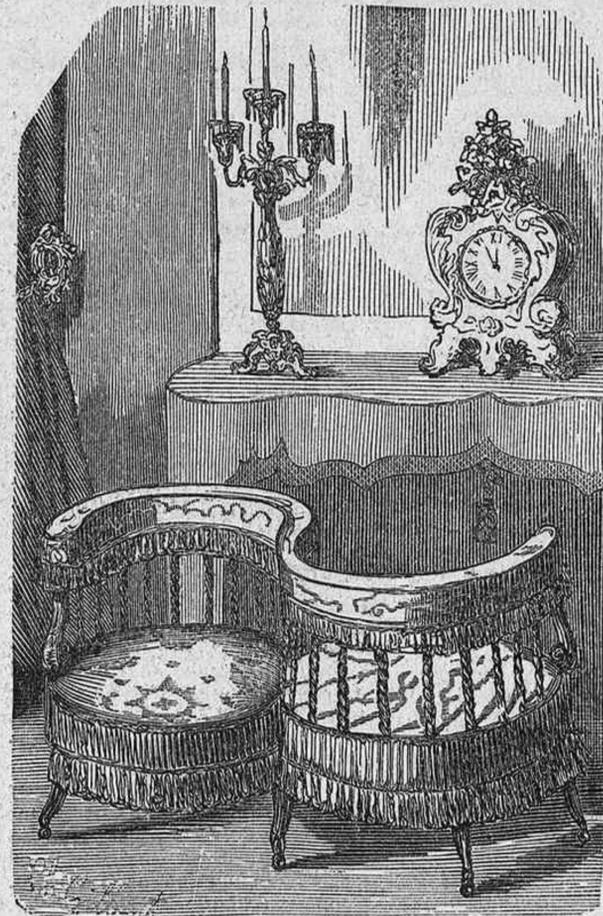
Jaime aceptó pues; pero esto no era suficiente para ganar la apuesta: era menester que no se parase en el camino. Pero un malhadado barranco se cruzó en su carrera, y habiendo tenido á bien su caballo desembarazarse de su peso al saltarle, tuvo que hacer un alto forzoso en la alfombra de verba mas suave y blanda que puede imaginarse. El fogoso bruto, á quien esta primera escapada había agradado sobre-



La Primavera.

manera, empezó entonces á dar coces y saltos por la pradera, de una manera muy graciosa y divertida, tanto que Jaime, despues de haberse asegurado de no haber recibido lesion alguna, quiso cogerle, pero fué en balde, y durante un cuarto de hora caballo y ginete parecieron jugar á las cuatro esquinas.

Mientras esto pasaba, Eduardo, que no había reparado en la aventura de su competidor, seguía victoriosamente su carrera, y saltaba con la mayor gracia y soltura los barrancos, barreras y demás obstáculos que se le oponían en los accidentes del terreno. Se aproximaba rápidamente al término



Modas.

que habían fijado, y se desarrollaba magestuosamente la fachada del castillo á la distancia de media milla.

Dos hombres, el amo y un criado, montaban á caballo en aquel momento delante de la puerta principal; sus miradas se fijaron con sorpresa sobre aquel desconocido que parecia no tener ni la mas mínima idea del respeto debido á la propiedad ajena. Pero si la primera impresión fué de cólera, la segunda fué de admiración. Había efectivamente en el aire del caballo y en la sangre fria del ginete, motivos suficientes para escitar el entusiasmo de un inteligente.

Eduardo llegó sin obstáculo al término, y volviéndose para medir con la vista la distancia que había atravesado y la que le separaba de su competidor, vió al infortunado Jaime entregándose al ejercicio saludable y recreativo que hemos descrito arriba. Este espectáculo promovió en el vencedor un acceso de hilaridad tan franco y contagio-

so, que los dos ginetes correspondieron con una cargada no menos ruidosa y prolongada. Eduardo vió entonces que no estaba solo, y aproximándose al dueño del castillo le saludó con la mayor cortesanía, y le rogó que le dispensara su proceder imprudente.

—Yo soy, caballero, contestó este, quien os debe dar las gracias por el placer que me habéis proporcionado. No había visto aun reunidas en un ginete tanto atrevimiento y sangre fria, y si no temiera cometer una indiscreción, manifestaría el deseo que tengo de saber el nombre del apuesto caballero que ha sabido grangearse en un momento todas mis simpatías.

—Me llamo Melvil, dijo Eduardo inclinándose.

Hubo entonces un momento de silencio; el nombre de Melvil parecia haber hecho mucha impresión en el dueño del castillo; pero pronto sucedió que su fisonomía tomó un aspecto mas franco y abierto, y que á la ceremoniosa política se unió la afabilidad propia de un hombre que quiere ganar un partidario ó un amigo.

Despues de varios cumplimientos dichos por ambas partes con tanta finura como buen gusto, el dueño del castillo propuso un paseo que fué aceptado por Eduardo con el

mayor placer, y convinieron en que entre tanto iría el criado á prestar ayuda al pobre Jaime que apuraba, sin ningun resultado, todos los recursos de la sábia teoría de las marchas y contramarchas, para capturar á su jovial y burlona montura.

El dueño del castillo tenía próximamente la edad de Eduardo, y contaba aun al parecer dos ó tres años menos; pero había en su conversacion una delicadeza exquisita; nada ofensivo en lo concerniente á la política; un espíritu dominante de conciliación cuando no estaba de acuerdo con su interlocutor; ni una palabra que pudiera ser desfavorablemente interpretada; y un deseo evidente de complacer. Eduardo estaba contentísimo, y á pocas palabras que hubiera adelantado su amable *Cicerone*, hubiera cambiado con él de muy buena gana un juramento inviolable de amistad.

—Por muy incansable que seáis, dijo al fin este, supongo, Sir Melvil, que una proposición de mi parte no os parecería completamente desprovista del mérito de la oportunidad, siempre que tuviera por objeto el proporcionaros, al abrigo del sol, un asiento mas blando que la silla de vuestro caballo; aceptad hasta la tarde la hospitalidad que os ofrezco cordialmente.

—Confieso francamente, contestó Eduardo, que esa proposición no merece una acogida desdeñosa; sin embargo, aprovecharé gustoso esta ocasión para averiguar el nombre del que me dirige un convite tan amable.

—Me llamo Jorge, príncipe de Gales. Eduardo paró su caballo al momento; su fisonomía, de franca y risueña que era, se tornó grave, y su ademán cortado manifestaba bien á las claras la embarazosa situación en que se hallaba.

—Sir Melvil, prosiguió el príncipe con la sonrisa en los labios, en el terreno de la política somos enemigos; pero aquí solo hay dos caballeros amigos de placeres, que disfrutan juntos de algunos momentos de distracción, y que conservan la libertad, despues de separarse, de ser de nuevo enemigos irreconciliables.

—Señor, tanta bondad y finura me confunden, pero me debo todo á mi partido; aceptando el convite que V. A. se ha dignado hacerme, me desacreditaba en el concepto de los míos; permitame pues V. A. que no acepte, pues en mi lugar haríais lo mismo.

—Sir Melvil, vuestros escrúpulos me parecen algo exagerados; sin embargo, toman su origen en un principio muy noble, y temeria yo ser importuno insistiendo en mi proposición. Admitid la sincera expresión del sentimiento que me causa el que no podáis aceptarla, y de la verdadera estimación que tributo á vuestro carácter noble y caballeresco.

El príncipe le saludó afectuosamente y se alejó. Entonces llegó Jaime; había conseguido por fin apoderarse de su rebelde bucéfalo, gracias al auxilio eficaz que le prestó el criado del príncipe.

—¿Con quién hablabas? le preguntó á Eduardo.

—Con el propietario de ese castillo.

—Se puede alabar de tener una posesión que pudiera muy bien llamarse Real.

—Y lo es, Jaime; si nuestra carrera al través de campos y vallados no nos hubiera desorientado un poco, hubiéramos evitado la torpeza de no conocer el dominio del que lleva el título de heredero de la corona de Inglaterra.

—¿Es posible?... Ese joven...

—Era el príncipe de Gales.

—¿Y te ha dirigido la palabra?

—Ha hecho mas aun; me ha convidado á comer.

—¿Sabiendo quién eres?

—Sabiendo quien soy.

—¿Y has aceptado?

—He rehusado.

—Bien, Melvil, muy bien; ese rasgo de delicadeza hará honor á nuestro partido; es menester que todo Londres sepa esta noche, y yo me encargo de darle publicidad.